

REPERTORIO AMERICANO

Editor: J. GARCIA-MONGE

TOMO 4

SAN JOSÉ DE COSTA RICA, LUNES 5 DE JUNIO DE 1922

No. 11

Con Enrique González Martínez

UN POETA DIPLOMATICO.—LA SINCERIDAD Y LA BUENA FE CONTRA EL SECRETO Y EL PROTOCOLO.

MÉJICO tiene, evidentemente, el deseo de ser representado en nuestro país por un poeta. Hace dos años, nos envió a Amado Nervo; hoy, nos envía a Enrique González Martínez. Dos brillantes figuras como se ve, de su poesía contemporánea.

En el espíritu de muchas gentes (que, por desgracia, parece ser el más extendido entre nosotros), el hecho no significará precisamente una distinción. Se tiene la vaga presunción de que los poetas, admirables cuando cantan, (sobre todo si son de la talla de los mencionados), no merecen igual valimiento cuando se dedican a otros oficios, especialmente a este oficio de la diplomacia internacional, que parece exigir más que ningún otro condiciones peculiarísimas de sentido práctico de las cosas y de tacto mundano. El propio señor González Martínez a quien estrevistamos a su llegada, nos lo dice francamente:

—Soy un diplomático de lo menos protocolar posible. Abomino el secreto de las cancillerías, hasta el extremo de que, en un año y medio de representación ante el gobierno de Chile, apenas habré empleado la clave mejicana para treinta palabras en mis despachos; y en cuanto a detalles de protocolo, estoy seguro de que he de cometer algunos errores, quizás muchos, pues no hago cuestión capital de mi cargo saber si he de entregar una o dos tarjetas en tal o cual visita.

»Pero—añade enseguida—mi país y todos los que en él luchamos por hacer algo nuevo y bueno, tenemos empeño particular por rehuir caminos trillados que en el mejor de los casos no han conducido a nada

útil ni bello, cuando no han llevado decididamente a situaciones dolorosas. ¿La diplomacia secreta? Es un resto del mundo viejo que debe desaparecer. Para continuar con procedimientos que tantos males han originado a la humanidad, no habrían muerto en mi patria sólo cerca de un millón de hombres en los diez últimos años de luchas intestinas por reconstruirnos.

»En cuanto al protocolo—prosigue el poeta y diplomático—todo es para mí cuestión de buena fe y de respeto mutuos. El día que yo me entere de que he cometido alguna inconveniencia protocolar con cualquier persona, voy inmediatamente y le presento mis excusas, y no será posible que nadie dude de mi sinceridad y de mi buena intención. Estas son cosas que se remedian fácilmente, apelando a la bue-

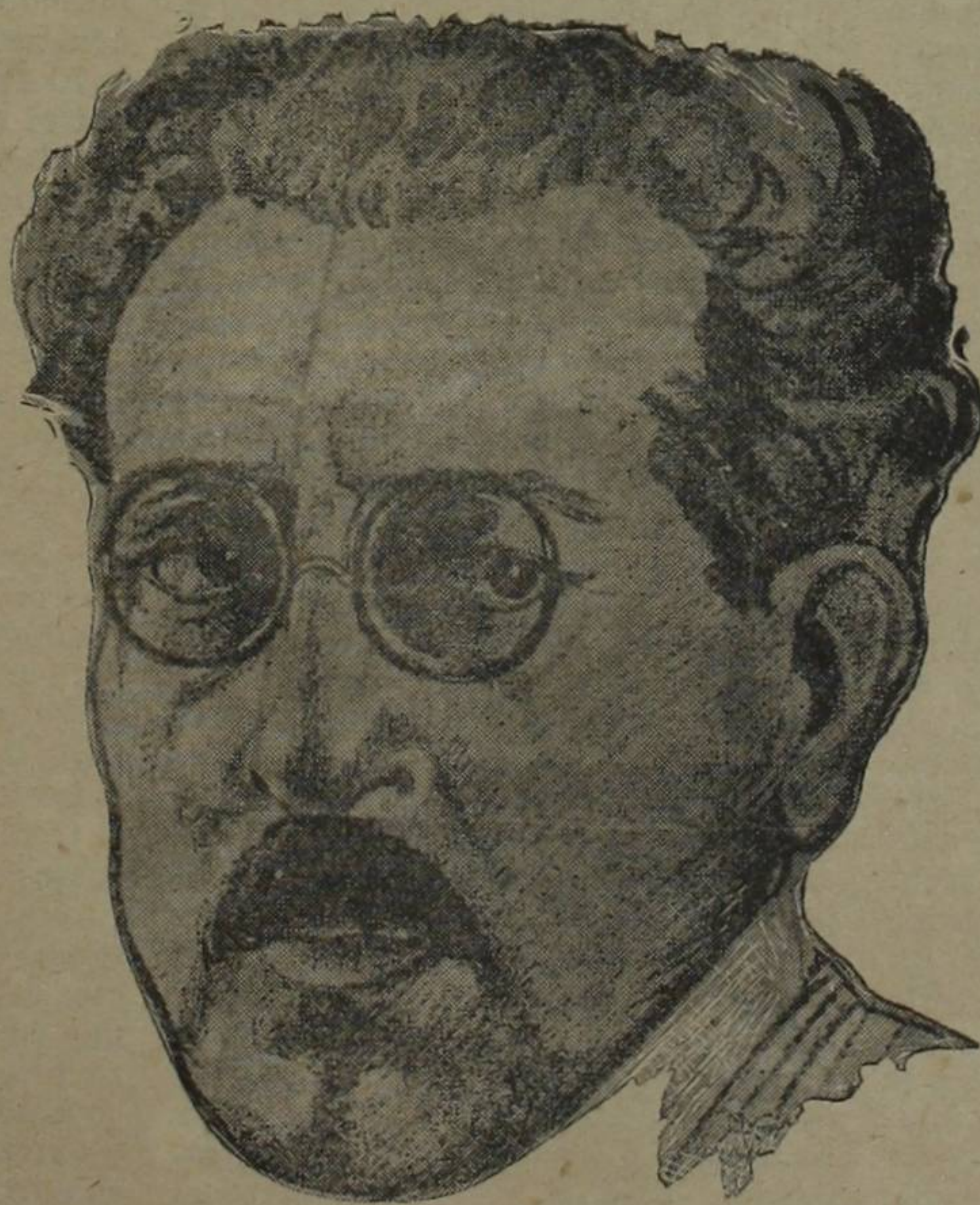
na voluntad de todos. Lo que no se remedia nunca en la conciencia, es saber que se ha estado halagando con palabras y atenciones a un ministro extranjero y palmeándole la espalda en su propia casa que nos presta hospitalidad, y luego se ha dicho de él lo peor en vocablos cifrados».

Y demostrando con los hechos sus teorías, el señor González Martínez nos recibe como camaradas, franco, cordial, ajeno por completo a esa actitud de prevención y reserva que es habitual en los diplomáticos, siempre obligados a medir cautelosamente sus palabras.

Sí, pues, la gente ya tiene un cierto recelo para con los poetas encargados de funciones que sólo se creen propias de hombres graves y hábiles para sacar partido favorable de cualquier situación, sin escrúpulos de conciencia, su recelo lindará en la sorpresa al conocer los conceptos que dejamos transcritos del famoso poeta mejicano que ahora es ministro de su patria

en la Argentina. Por nuestra parte, debemos declarar que la impresión que tenemos del caso, es diametralmente opuesta. Estamos cansados de ver a los hombres cautelosos, ariscos, insinceros, y de tener que interpretar siempre sus palabras en un sentido contrario de aquel con que parecen estar dichas, o de no poder atribuirles sentido alguno, que es lo más común, y de estrechar manos que se tienden automáticamente, por hábito de escuela, sin que con ellas llegue a las nuestras una palpación cordial. Al tener, pues, ante nosotros, a un hombre como el señor González Martínez, que hace del afecto sincero y de la buena fe un culto, no podemos menos que experimentar un íntimo desahogo. ¿Poeta? Bueno; quizá los poetas son los que hacen falta para estas cosas.

Por lo demás, lejos de nuestra intención dar la idea de que el nuevo ministro mejicano es, con su sinceridad y con su afectuosidad inmediata, uno de esos hombres que se estiman secretamente, pero de quienes en público es necesario evitar frecuentes imper-



ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ

(Dibujo tomado de Nueva Era, Buenos Aires).

tinencias. Nada de eso. «De la franqueza a la grosería—dice un personaje de Benavente—no hay más que un paso, y ese paso suele ser un pisotón». El señor Martínez es un hombre educado, de gran cultura intelectual, hasta de distinción mundana, con bastante más conocimiento de lo que él por modestia dice de las prácticas corteses y de edad ya relativamente proveya, como para no observar serenidad en sus actos, y elude inteligentemente el pisotón. Además, como lo vamos a ver en seguida, habla con un gran sentido práctico de las cuestiones políticas de su país, que son aquellas sobre las cuales le interrogamos principalmente.

LAS FRECUENTES
REVOLUCIONES MEJICANAS,
OBEDECEN A CAUSAS PROFUNDAS Y
RESFETABLES.

—Me halaga mucho—nos declara inmediatamente—poder hablar de mi país.

Y sentados él, un compatriota y amigo suyo y el repórter, en el amplio y limpio despacho del palacete que la legación mejicana tiene en la calle Rodríguez Peña, prosigue amablemente la conversación:

—Méjico es desconocido en el resto de América. Verdad es que estamos ante un defecto común a todos los países latino-americanos: nos desconocemos mutuamente; en Méjico mismo, es poco lo que se conoce a la Argentina; pero creo que, con todo, hay allí más conocimiento de aquí, que aquí de mi patria; y es necesario, es absolutamente necesario que nos conozcamos unos a otros. Mi labor en la Argentina será particularmente de extensión de esta idea. Quiero informar sobre mi país, para desvirtuar muchas leyendas infundadas.

«Se dice, por ejemplo, (así lo he leído en algunos periódicos), que somos un pueblo orgulloso, que nos creemos el superior de Hispano-América. Nada más falso. Sabemos, sí, que tenemos diez y ocho millones de habitantes y un territorio con inmensas riquezas naturales. Por esto, por nuestras tradiciones, por nuestros grandes hombres y por nuestro acendrado patriotismo, tenemos una firme confianza en el porvenir y todos luchamos por conquistarlo y merecerlo muy próspero; pero de ninguna manera estamos envanecidos por lo que ya hemos logrado, ni menos nos imaginamos superiores a nadie.

«Lo que sucede, en verdad, es que nos apena vernos tan mal juzgados en el mundo, y, es claro, procuramos defendernos contra la calumnia o el error».

—También está generalizada—observamos por nuestra parte—la creencia de que Méjico es un país belicoso, dado porque sí a la revuelta y al desorden.

—¿Ven ustedes?—responde él súbitamente.—Ese es uno de los principales errores que se cometen con nosotros al juzgarnos. Hemos tenido revoluciones, sí, muchas, alzamientos, luchas fratricidas, muertos; pero ¿cómo es posible que nadie piense que ello ha obedecido nada más que a un afán guerrero, a un gusto colectivo por la contienda armada? ¿Cómo no se cae en la cuenta de que ha de haber ahí causas profundas, mucho más respetables?

El señor González Martínez, inquie-

A LOS AGENTES Y SUSCRITORES
DE PROVINCIAS

En lo sucesivo sírvanse remitirme *invariablemente* los fondos bajo *cubierta certificada*; que sin ello, suelen perderse.

El costo del certificado lo incluirán en la suma que me remitan.

El Editor del REPERTORIO

to desde el comienzo en su asiento, hablando locuazmente y con un acento que a ratos parece español, a ratos chileno y otras veces de nuestras provincias andinas, redobla su viveza de acción y su acento peculiar al tener que defender a su patria de ese achaque de belicosidad. Su expresión es ardiente como nunca y adquiere giros pintorescos que revelan una sincera pasión en el hablar. Pero en seguida, deseando ser claro y terminante, el ministro concentra sus recuerdos y hace una exposición ordenada y precisa.

—Ustedes saben—dice—lo que fué para nosotros el prolongado gobierno del general Díaz. Hay todavía en Méjico y en muchas partes, personas que se prosternan ante su nombre como ante el de un dios; y tuvo grandes condiciones, sin duda alguna; yo mismo aplaudí algunos de sus actos de gobierno. Pero fué el suyo un gobierno despótico y excesivamente centralizador. Bajo él, el país estuvo en orden; pero se trató solo de un orden impuesto, de una sujeción obligada. De suerte que el pueblo perdió todo contacto con el manejo de la cosa pú-

blica, y cuando se vió sin el que todo se lo hacía a cambio de esclavizarlo, se encontró con que era torpe para gobernarse por sí mismo.

«¿Qué de extraño, pues, que este pueblo, al que durante tanto tiempo se mantuvo alejado del gobierno público, haya caído en desórdenes, en contradicciones y en disputas al querer gobernarse por su cuenta en un régimen democrático totalmente nuevo para él? ¿No es éste el calvario obligado de todo pueblo que surge del despotismo a la libertad?

«Naturalmente que hemos debido cometer muchos errores en esa lucha; pero es una injusticia que no se reconozca las razones de ellos y no se quiera ver en la lucha lo que en realidad es: un afán indomable por nacer a la vida libre de todos los pueblos civilizados.

«Por eso quiero dar a conocer a mi país. Que se nos diga que en uno u otro momento estamos equivocados, muy bien; pero que se sepa que nos equivocamos con la mejor intención, y, sobre todo, que se nos conozca, que se nos conozca».

Al terminar la frase, el ministro se dirige a su compatriota presente y le dice:

—Es el libro infame de Blasco Ibáñez, que nos ha difamado. Felizmente,—continúa luego, dirigiéndose de nuevo a nosotros,—tenemos ya paz en todo el territorio y un gobierno constitucional en toda regla.

El Presidente Obregón fué electo por el voto libre del pueblo, y cuando concluya su mandato será reemplazado por cualquier otro hombre en las mismas condiciones.

LA ORIENTACION IDEOLOGICA DE MEJICO MODERNO Y PRINCIPALES PREOCUPACIONES DEL GOBIERNO PUBLICO.

—La renovación política de Méjico, está acompañada por una renovación ideológica. ¿Quiere explicarnos, señor ministro, cuál es su sentido?

—En mi país, durante la mayor parte del siglo pasado, imperaba en todos los órdenes de la intelectualidad el tradicional escolasticismo, todavía como resto de la dominación española. El positivismo tan extendido en Europa, vino luego a reemplazar a la escolástica. Fué como en Europa mismo, como en todas partes, un reemplazo provechoso; pero a su vez el positivismo, adueñado de todo más tarde y extralimitándose indebidamente, se convirtió en otra tiranía que era necesario derribar, cosa que también sucedió en Europa.

«Un núcleo de hombres jóvenes empapados en las nuevas corrientes

de ideas del mundo culto, se entregó, pues, a la propaganda antipositivista, tratando de inculcar en la mente de los estudiantes las tendencias espiritualistas. Este núcleo de hombres, que durante más de diez años luchó por esas ideas con todo tesón y a veces con grandes contrariedades, se impuso al fin, y es actualmente el que regula la ideología filosófica en el nuevo Méjico. Como principales representantes de él, puedo citar a don Antonio Caso, bergsionista, actual rector de la Universidad Nacional, y a José Vasconcelos, Ministro de Educación pública del general Obregón, que ha escrito una obra espiritualista sobre Pitágoras».

Nueva sorpresa: el poeta diplomático, está informado también de la evolución filosófica de nuestros tiempos, y habla de ella hasta con un tecnicismo que no todos los profesores de filosofía tienen siempre a su disposición.

—¿Y en cuestiones sociales?—preguntamos.

—Se ha corrido la voz de que mi gobierno es un gobierno bolchevique o cosa así. Son cosas de la gente enemiga por naturaleza de toda innovación o herida por la justicia en sus intereses particulares. El gobierno ha venido con un gran espíritu de justicia, y lo primero que ha tenido que hacer, es elevar la condición de los trabajadores.

«Había Estados de Méjico en que la esclavitud, si no era ley, era un hecho. No se reconocía legalmente la esclavitud; pero ¡qué más da!, algunos poderosos estancieros, por mil mañas que nunca faltan, tenían sometidos a discreción a sus trabajadores y era como si los tuviesen de esclavos. Pues bien, el general Obregón derribó esta situación bárbara y libertó al trabajador, induciéndole además a que se agremiase y federase, por lo cual hoy los trabajadores mejicanos están agremiados y federados casi todos. A esto es a lo que se llama bolcheviquismo».

—¿Y lo referente al reparto de tierras, de que también se ha hablado mucho?

—Es otro de los detalles que se dan de maximalismo y se reduce a que el gobierno comprendió desde el primer momento que debía abordar con entereza la cuestión agraria. Ahora bien, la faz principal de esta cuestión era expropiar a los grandes terratenientes, para efectuar una distribución más equitativa del suelo nacional y eso se dice bolcheviquismo. Pero ¿cómo puede ser bolchevique un Estado que, después de todo, se basa en la propiedad privada?

—Hablemos ahora del problema

educacional. Sabemos que es otro de los problemas capitales de Méjico.

—En efecto: es la raíz de todo lo demás. Tenemos en Méjico una proporción asombrosa de analfabetas. Es, pues, necesario enseñar a leer y escribir al pueblo. El gobierno, destinó en seguida fuertes sumas a la enseñanza; se fundaron alrededor de diez mil escuelas, que dan educación a novecientos mil niños; se imprimieron muchos libros, que se distribuyen gratis y numerosos maestros se ofrecieron para trabajar honorariamente.

«Es poco todavía lo hecho; pero es todo lo que, dadas las circunstancias, era posible hacer. Siguiendo así, como lo esperamos, a la vuelta de unos años habremos reducido notablemente la población analfabeta».

—¿Y la educación superior?

—Claro está que siendo lo principal extirpar el analfabetismo, se ha debido atender más a la extensión que a la intensidad de la enseñanza pública. Sin embargo, se han tenido también en cuenta los grados superiores, efectuándose una gran renovación en la Universidad y fundándose institutos como la Escuela de Bellas Artes, que funciona al aire libre, en plena naturaleza, y en la cual prestan su concurso los mejores artistas nacionales.

«En todo esto, además, hay que notar que el gobierno ha procurado difundir no sólo instrucción, sino educación también, es decir, instruir al pueblo y moralizarlo al mismo tiempo.

RELACIONES EXTERIORES DE MEJICO. — EL POR QUE DE LA TIRANTEZ CON NORTE AMERICA. — NO HAY PERSECUCIONES DE ESPAÑOLES.

Titubeamos un poco antes de interrogar al señor González Martínez sobre las relaciones de su patria con los Estados Unidos; pero él, que advierte nuestro embarazo, se adelanta complaciente:

—Pregúntenme ustedes, pregúntenme ustedes; yo les voy a responder a todo francamente.

—Bien; ¿cuál es la situación de Méjico con la república del Norte?

—Muy sencillo. Los Estados Unidos nos dicen a nosotros que están dispuestos a reconocernos a cambio de que les firmemos un tratado de amistad y de comercio. La proposición, aparentemente, no tiene nada objetable ¿verdad? Pero vean ustedes que encierra una humillación para nosotros, que no podemos consentir. ¿A qué viene eso de imponernos una condición previa para el reconocimiento? Si somos un país civilizado e independiente, ¿qué necesidad hay de condi-

ción alguna? Y si no lo somos, ¿cómo el gobierno americano puede firmar con nosotros ningún tratado?

«Fíjense bien: para firmar tratado de amistad y comercio, se nos da personería; pero no para reconocernos como nación libre. No; la situación es absurda de todo punto de vista. Que los Estados Unidos nos reconozca previamente; luego, nosotros le firmaremos todos los tratados que quiera».

—¿Y si el gobierno americano no desiste de su actitud?

—Lo sentiremos mucho, porque queremos vivir normalmente con todos los pueblos; pero tampoco nosotros cederemos. Méjico no tiene prisa por ser reconocido. Lo único que podría inducirnos a ello, sería la necesidad de dinero, porque Norte América es como la caja de caudales del mundo; pero no necesitamos empréstito alguno; y aunque lo necesitásemos, estoy seguro de que nadie en Méjico, ni el gobierno ni el pueblo, consentiría la proposición americana. El gobierno que por debilidad y en un supuesto improbable la consintiera, tendría en contra a todo el país.

—¿Obedecen a este desacuerdo los choques que a veces se producen entre Méjico y Estados Unidos?

—No; esos choques, tienen por origen cuestiones comerciales, generalmente. Méjico ha descubierto que es un país riquísimo en yacimientos petrolíferos. Todos los que no tienen propietario, se han declarado bien nacional. Los ya apropiados, se dejan en manos de sus dueños, por respetar intereses creados y garantías que la misma república ha otorgado, pero, como es lógico, se impone sobre ellos un tributo prudencial.

«Este tributo el gobierno puede fi-

REPERTORIO AMERICANO

Revista de prensa castellana y extranjera.

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicada SEMANALMENTE por

J. GARCIA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

El número suelto.....	c 0-50
La serie de 5 números, pagada por anticipado y solicitada a la Administración.....	2-00
Para el extranjero, el número suelto.....	\$ 0-15 oro am.
El tomo (30 entregas).....	3-50 » »
La página de avisos, por inserción.....	20-00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

jarlo en dinero o en su equivalente en petróleo, a fin de que no vuelva a ocurrir que, exportándose ese mineral en grandes cantidades, el país se quede sin él. Los empresarios petroleros, consideran el tributo en esta forma una lesión de sus intereses por parte del gobierno mejicano; reclaman a su gobierno (pues son casi todos norteamericanos) y de aquí se derivan los choques. Y es de advertir que, con tributo y todo, en petróleo, las empresas ganan sumas fabulosas. Una sola de ellas, el año pasado declaró cuarenta millones de pesos de ganancia en sus balances, publicados también en la Argentina. De modo que las reclamaciones no pueden ser más injustas, moralmente y jurídicamente.

—Se dice, sin embargo, que Méjico procura aliar a Hispano-América contra los Estados Unidos.

—Es falso. Nosotros hemos hecho y hacemos hispano americanismo con miras pacíficas. Deseamos que todos estos pueblos de origen común y de tantas otras afinidades, estrechen sus relaciones; pero para provecho de todos, y no para coaligarse contra nadie. A los Estados Unidos, al contrario, los vemos como un vecino rico, de cuya amistad podemos sacar grandes provechos.

—Otro aspecto de las relaciones internacionales de Méjico: su supuesto

EL PROXIMO LIBRO DEL SR. SOTELA

EL señor García Monge editará, para mediados de junio, un libro de interés filosófico actual: *Recogimiento*. En él se hace un resumen de sabiduría oriental y se expresan las reflexiones y los pensamientos de un estudioso en cuestiones esotéricas. La obra trata de difundir ideas espiritualistas y se inspira en este principio:

"Nuestro mayor deber es revelar a los demás su espíritu inmortal y nuestro más bello día será aquel en que hayamos desenvuelto un dios."

Contendrá el libro alrededor de 175 páginas y se divide en 4 secciones, o capítulos, así: *Alma*, *Arte*, *Hombre*, *Patria*. Cada sección trata de asuntos relativos a su título: en *Alma* se leen meditaciones de filosofía trascendental y se examinan proposiciones metafísicas. En *Arte*, cuestiones de estética y de psicología. En *Hombre*, detalles de la vida intensa. En *Patria*, sobre Pedagogía y Sociología.

Su autor, don Rogelio Sotela, ha procurado decirlo todo en forma sencilla, para que esté al alcance de todos.

El precio será de \$ 1.50, más o menos. Los que tengan interés en reservar ejemplares, pueden solicitarlos directamente al editor J. García Monge, San José.

antiespañolismo. ¿Qué hay de cierto en ello?

—De lo que se dice, nada. Es una invención eso de que se persiga a los españoles. En mi país no se persigue a ninguna nacionalidad. Lo que hay es que al abordar la cuestión agraria, el gobierno se ha encontrado con que los principales terratenientes eran españoles. Se expropia a todos por igual y todos los expropiados ponen el grito en el cielo; pero como los españoles son los más, parece que sólo contra ellos se toman medidas, y se da en decir que se les persigue.

—Dicen que se les expropia sin pagárseles.

—No es verdad. El gobierno, al expropiar tierras, ha ofrecido a elección bonos del tesoro o dinero en metálico. Se discute entre ambas partes para obtener lo más conveniente, pero, al fin, si los expropiados no quieren bonos, se les paga con dinero, y eso es todo. Ya ven ustedes cómo la mala voluntad de las gentes explota a su gusto las cuestiones más nobles e insignificantes, por otra parte.

LA POBLACION MESTIZA ES LA PREDOMINANTE EN MEJICO Y LA SUPERIOR EN TODO SENTIDO.

—En Méjico existe una gran proporción de indígenas, y parece que el gobierno la atiende especialmente.

—Sí; es el país que mayor número tiene de indígenas en América. Alcanzan a seis millones, y el gobierno actual pone todo su empeño en elevarlos de condición. Pero la población que impera allí es la mestiza, en número y calidad. Su tipo es moreno, de correctas facciones, con rasgos severos y agradables, de constitución robusta, de ánimo impetuoso y de inteligencia clara. En los trabajos manuales y del campo, no tiene competidores; los mejores obreros, son los mestizos. En el terreno intelectual y artístico, es la que más sobresale; y, en fin, en la política es la dominante

siempre. De esto sí, ¿ven?, de esto estamos orgullosos los mejicanos: de llevar en las venas casi todos algunas gotas de sangre indígena, remozada por los cruzamientos con sangre europea.

Aquí creemos oportuno notar que el señor González Martínez se ajusta completamente a ese tipo mestizo que describe él mismo.

De otras muchas cosas de menor importancia nos habló el nuevo ministro mejicano. Consignaremos como última entre las de carácter social, la siguiente:

—El pueblo mejicano trabaja hoy decididamente por su paz y su progreso en todas las ramas de la actividad; pero, además, saliéndose de los estrechos límites de la nacionalidad, tiene conciencia también de que es un pueblo que trabaja dentro de la comunidad humana y que debe tender al bien de todos los pueblos. A tal extremo, que a veces se ahogan en él las explosiones del patriotismo en un amor humano.

UN NUEVO LIBRO DE VERSOS DEL SEÑOR GONZALEZ MARTINEZ.

Para terminar llevamos la conversación al terreno literario. El señor González Martínez, médico de profesión (otra sorpresa más en un poeta), ha publicado los siguientes libros:

«Preludios», «Lirismos», «La hora inútil», «La muerte del cisne», «El libro de la Fuerza, de la Bondad y del Ensueño», «Parábolas y otros poemas», «Jardines de Francia» (traducciones), «Pensamientos de los Jardines de Francis Jammes».

Ha dirigido, además, la revista «Méjico moderno». Conforme le nombramos la literatura, se levanta de su asiento y saliendo del despacho, nos ruega un instante de espera. Al rato, vuelve con un pequeño paquete.

—Aquí están —nos dice— los primeros ejemplares de mi último libro que acaba de publicarse en Méjico.

Desenvuelve el paquete, saca un ejemplar, escribe una amable dedicatoria y nos lo ofrece. El libro, excelentemente presentado, se titula «La palabra del viento» y contiene unas cuarenta composiciones en ese verso impecable que le ha dado fama a su autor.

También nos anuncia el señor Martínez que tiene otro libro en preparación, «El Romero Alucinado» y que tal vez lo publique en la Argentina.

Nos despedimos del ministro. Ya hemos dicho al empezar esta nota, cuál era la impresión que nos había producido.

(Nueva Era, Buenos Aires).

EL CONVIVIO

ULTIMAS EDICIONES

Isaías Gamboa: *Flores de Otoño* y otras poesías. 184 páginas en octavo y dos grabados 0.75 oro am.
Juana de Ibarbourou: *El Cántaro fresco* 0.25 » »
Samuel Velázquez: *Madre* 0.30 » »
Paul Gerald: *Tu y Yo* 0.25 » »

EN PRENSA:

Oscar Wilde: *De Profundis*.

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.

1) EL MOMENTO RUSO

EL ELEMENTO ANARQUICO
EN LA RUSIA CAMPESINA

POR MAXIMO GORKI

PERSONAS de todos mis respetos me solicitan para que exponga lo que yo pienso de Rusia.

Lo que pienso de mi país, o, para decirlo más propiamente, del pueblo ruso, o de los campesinos, que forman su mayoría, me produce honda aflicción. Para mí sería más cómodo no contestar a la pregunta; pero me he mezclado con ellos y los conozco demasiado para tener derecho a guardar silencio.

Sin embargo, entiéndase que no voy a condenar ni a justificar nada, sino sencillamente a reflejar aquí la manera en que mis innúmeras impresiones se moldearon por sí mismas. Un juicio no es todavía una condena, y si se demostrara que mis opiniones han sido erróneas, no me apesadumbraría por ello.

PSICOLOGIA DEL ALDEANO.

EN su esencia, cada individuo del pueblo es una corriente elemental de anarquía. Las gentes necesitan comer todo cuanto les es posible y trabajar lo menos que puedan. Quieren poseer todos los derechos y no tener deberes. La atmósfera de ilegalidad en la cual el pueblo ha estado acostumbrado a vivir desde los antiguos tiempos, le ha inducido a creer en la legitimidad de la ilegalidad, en la naturalidad zoológica de la anarquía.

Esto le sucede especial y estrechamente a las masas aldeanas rusas, que han sufrido un abrumador y brutal yugo de esclavitud más grande que el de ningún otro pueblo de Europa. El campesino ruso ha permanecido por espacio de muchas centurias soñando en el advenimiento de un Estado que no tuviera ningún derecho a influir en la voluntad individual y en la libertad de los actos, es decir, en un Estado que careciese de poder sobre el hombre. Ante la esperanza inasequible de alcanzar la igualdad de todos, mientras la libertad de cada uno quedaba ilimitada, el pueblo ruso se esforzó por establecer un Estado en forma de Imperio cosaco, de «Setch» ucraniano.

Aun ahora, todavía se agita en el alma oscura del sectario ruso la visión de un fabuloso «Reino mesiánico». Este existe en alguna parte de las «fronteras de la tierra», donde el pueblo vive tranquilo, sin saber nada de la «vanidad anticristiana» de la vida y

de la ciudad dolorosamente atormentada por las convulsiones del progreso de la civilización.

El instinto del nómada aun no ha desaparecido en la naturaleza del aldeano ruso. Considera el trabajo del labrador como una maldición de Dios, y ansía huir de un sitio para otro. Se halla casi latente en él, o, al menos, débilmente desarrollado, el agresivo deseo de establecerse con firmeza en un lugar elegido y ejercer influencia favorable a sus intereses en cuanto le rodea. Y cuando así lo determina, emprende una difícil e infructuosa lucha. Quienes se esfuerzan en contribuir a la vida de la aldea con algo propio o algo nuevo, chocan con la desconfianza y la hostilidad de la otra parte de la aldea, que se comprime para resistir la presión o los hace saltar fuera del medio.

Con más frecuencia ocurre que los innovadores que han chocado con el conservatismo insuperable de la aldea rusa, tengan que abandonarla. Hay sitio adonde ir: la llanura vacía se extiende en todas direcciones, con tentadora seducción.

INFLUENCIA DE LA LLANURA

EL reputado historiador ruso Kostomaroff dice: «Siempre ha existido entre el común del pueblo la oposición al Estado; pero a consecuencia de la excesiva extensión geográfica, la expansión del país toma la forma de fuga, de deserción de los deberes impuestos al pueblo por el Estado, y no de una resistencia activa y combativa». Desde el tiempo a que se refiere lo transcrito, la población de la llanura rusa ha aumentado, y la «expansión geográfica» se ha contraído; mas la psicología del pueblo permanece siendo la misma, y encuentra su expresión en el curioso proverbio-consejo: «No abandones tu diversión, pero no hagas ejecutar tu labor».

Desde la más temprana niñez, el hombre de Occidente, tan pronto como puede sostenerse sobre sus piernas, ve en derredor de sí los monumentales esfuerzos de trabajo de sus antecesores. Desde las esclusas de Holanda hasta los túneles de la costa italiana y los viñedos del Vesubio; desde las potentes obras de Inglaterra hasta las gigantescas fábricas silesianas, toda la

superficie de Europa se halla espesamente cubierta por las más grandes encarnaciones de la organizada voluntad del hombre, voluntad que yergue delante de él la arrogante aspiración de domeñar las fuerzas elementales de la Naturaleza para someterlas a los prudentes intereses del hombre. «La tierra está en manos del hombre y él es su verdadero señor». Esta impresión, de que está saturado el niño de Occidente, le inculca la apreciación de la obra del hombre, de respeto para su labor y del sentimiento de su propia importancia personal, como heredero de las obras y creaciones admirables de sus antepasados.

Tales ideas, sentimientos y apreciaciones no pueden surgir del alma del aldeano ruso. La ilimitada planicie, cubierta de bosques y de aldeas de techo pajizo, posee la maligna propiedad de abrumar al hombre y de absorber sus aspiraciones. El campesino quiere a veces ir más allá del recinto de su pueblo, contemplar la desolación que lo rodea, y luego sentirá que esa desolación fluye en su alma. En parte alguna en derredor de él verá la menor señal duradera de esfuerzo y creación. ¿Las haciendas de los propietarios? Son pocas y se encuentran habitadas por enemigos. ¿Las ciudades? Están lejos y no mucho más civilizadas que las aldeas. Por todas partes la llanura sin fin. En el centro, el hombre, pequeño e insignificante, arrojado sobre este suelo lúgubre en penosa servidumbre. Y el hombre está sujeto a un sentimiento de indiferencia que destruye su capacidad de pensar, de recordar el pasado, de trabajar más allá de lo que le dicta su experiencia. El historiador de la civilización rusa dice, para caracterizar al campesino: «Muchas supersticiones y ninguna idea.»

Este juicio doloroso se halla confirmado por todas las gentes de Rusia.

LA CIUDAD Y EL CAMPO

EL estío ruso no ofrece dificultades, porque «la vida dorada de los campos suntuosos» es bella. Pero en el otoño, el labrador vuelve a afrontarse con la tierra desnuda que le solicita y le somete a penosa servidumbre. Luego llega el duro invierno de seis meses. La tierra se viste con blanco y deslumbrador sudario; la tempestad furiosa, amenazadora, llena de rabia, bate los campos, y el hombre, sofocado, ocioso y solitario, tiene que recluirse en su estrecha y asquerosa choza. De toda su labor, sólo le resta sobre la tierra una cantidad de paja y una cabaña, que tres veces en la vida de cada generación es destruída por el fuego.

El primitivo trabajo técnico de la

aldea es increíblemente opresor, y los campesinos lo denominan «strada», del verbo ruso «sufrir». La carga de su trabajo, en relación con sus resultados insignificantes, hace más profundo en el campesino el instinto de la propiedad privada, y casi le inmuniza a la influencia de las doctrinas que adscriben todos los males humanos al poder de este mismo instinto.

La labor del habitante de la ciudad es variada, firme y duradera. De la masa informe de mineral muerto extrae máquinas y aparatos de asombrosa complicación, a los que da vida con la inspiración de su pensamiento. Para sus fines, ha subyugado ya las fuerzas de la Naturaleza, que son para él lo que los «djins» de los cuentos orientales fueron para el rey Salomón. Ha levantado en derredor suyo una atmósfera de razón, una «segunda Naturaleza». En todas partes ha visto sus energías incorporadas a infinita variedad de mecanismos y de cosas, a miles de libros y cuadros; y en todas partes se encuentran las huellas de los grandes tormentos de su espíritu, de sus sueños, de sus esperanzas, de su amor, de su odio, de sus dudas, de sus creencias; su alma sensitiva, en la cual arde un fuego inextinguible por crear nuevas formas, nuevas ideas, nuevos gustos, y en la que mana el conmovedor esfuerzo por descubrir los secretos de la Naturaleza y encontrar el sentido de la vida.

Esclavizando por la autoridad del Estado, permanece interiormente libre. Y por esta misma libertad de su espíritu destruye las formas anticuadas de vida y crea otras nuevas. Siendo hombre de acción, hace su vida dolorosamente ruda y llena de vicios, pero hermosa en su plenitud. Él es el instigador de todos los males sociales, de las perversiones de la carne y el espíritu; el creador de la falsedad y de la hipocresía social; pero también es él quien fabrica el microscopio de la propia crítica, que le permite ver con terrible clarividencia sus vicios y sus crímenes, su salvajismo y sus errores involuntarios y los más minuciosos movimientos de su eternamente insatisfecho espíritu.

Siendo un gran pecador contra su vecino, y tal vez más grande contra sí mismo, es el mártir de sus propios esfuerzos, los cuales, al mismo tiempo que le deforman y le sumen en la desolación, hacen surgir en él nuevos tormentos y nuevas alegrías de vida. Su espíritu, a la manera del maldito Ashaverus (el judío errante), camina a través de la infinitud del futuro, a veces hacia el corazón del Cosmos, a veces hacia el fondo vacío del Universo, que acaso llena con su energía física, creando algo que va más allá de las concepciones del intelecto moderno.

El instinto considera solamente como importantes los resultados utilitarios del progreso del espíritu humano, solamente lo que puede aumentar la prosperidad material y externa de la vida, aunque ello sea una patente y vil mentira.

La inteligencia, en cambio, encuentra que el proceso de la creación es importante por sí mismo. La inteligencia es loca como el sol, trabaja sin egoísmo alguno.

LAS REVOLUCIONES DEL SIGLO XVII.

HUBO en Rusia en otro tiempo un sujeto llamado Iván Bolotnikov, hombre de rara suerte. Siendo niño, fué capturado por los tártaros en una de sus frecuentes incursiones en las ciudades fronterizas del reino moscovita. Cuando era adolescente, fué vendido

UN POETA FRANCÉS EDITADO EN COSTA RICA "TU Y YO", de PAUL GERALDY

EN las ediciones del *Convivio* acaba de publicarse *Tu y Yo*, de Paul Gerald, según la traducción castellana de don R. Brenes Mesén.

Gerald es uno de los jóvenes poetas franceses de nuestros días que ocupan un lugar distinguido, así por el ideal realismo de su poesía como por la amplitud con que concilia las antiguas y las formas nuevas del verso y de la estrofa. Además de *Tu y Yo*, tiene *La Comedie des Familles*, *Les Petites Ames*, *La Guerre Madame*, *Les Noces d' Argent*.

Muy poco antes de la guerra publicó su bello libro *Toi et Moi* y hasta fines de 1919 se habían vendido 82 ediciones.

Tu y Yo es un libro de amor en donde se hallan todas las notas del amor, inclusive las de Ovidio, y Catuto, y Virgilio, y Teócrito, y Tibulo, y Marcial, y Anacreonte, y pare Ud. de contar, que los clásicos de todas las lenguas, en todas ellas han expresado, a veces de manera muy viva, las emociones del amor vivido.

No hay una sola mujer que de verdad haya amado que no encuentre en el libro la expresión de más de uno de sus sentimientos o de sus recuerdos, ni hay un solo amante que no haya podido decir muchas de las expresiones en ese poema contenidos.

Se vende *Tu y Yo* a \$ 1.00 el ejemplar. Solicítelo directamente al editor señor García Monge, o a la Librería de don Jaime Tormo, en San José.

a los turcos y esclavizado en las galeras turcas. Fué redimido de la esclavitud por los venecianos, y, después de haber vivido en la aristocrática República de los Dux de Venecia por algún tiempo, retornó a Rusia.

Esto ocurrió en 1606. Los boyardos moscovitas habían perseguido a muerte al zar Boris Godunov y asesinado al inteligente, temerario y enigmático joven que, asumiendo el nombre de Dmitri, el hijo de Iván el Terrible, ocupó el trono moscovita, y, tratando de desterrar los hábitos asiáticos de los boyardos, les dijo en su cara: «Vosotros os consideráis el pueblo más recto del mundo; pero sois depravados y malvados. Amáis muy poco a vuestros prójimos y vecinos y no estáis nunca dispuestos al bien».

Fué asesinado. El astuto príncipe Vassili Shuisky, hombre de dos caras, fué elegido zar. Entonces apareció el segundo pretendiente, que se presentó igualmente como hijo de Iván el Terrible, y empezó en Rusia la sangrienta tragedia de disolución política conocida en la Historia bajo el nombre de «La confusión». Iván Bolotnikov se unió a este segundo pretendiente, y recibió de él el derecho de mandar un reducido destacamento de secuaces, y marchó con ellos sobre Moscou, predicando a los siervos y campesinos en la forma siguiente: «Matad a los boyardos, apoderaos de sus esposas y de todos sus bienes. Matad a los comerciantes y a toda la gente rica, y dividid sus haciendas entre vosotros».

Este tentador programa de comunismo primitivo atrajo a las filas de Bolotnikov muchos miles de siervos, de campesinos y de vagabundos. Estas gentes derrotaron una y otra vez los ejércitos del zar Vassili, a pesar de estar estos mejor armados y organizados; sitiaron a Moscou, y sólo tras grandes dificultades fueron vencidos por las tropas de los boyardos y de los mercaderes. Finalmente, esta primer rebelión importante de campesinos fué ahogada en torrentes de sangre. Bolotnikov fué cogido prisionero, y, después de sacársele los ojos, fué ahogado en el río.

El nombre de Bolotnikov no se ha conservado en la memoria de los campesinos; su vida y actividad no se conmemoran ni con cantares ni con leyendas. Del mismo modo, las tradiciones de los campesinos rusos no contienen ni una palabra acerca de aquel período de diez años, de 1602 a 1612, de caos sangriento, que los historiadores caracterizan como una escuela de licencia, de anarquía, de insensibilidad política, de duplicidad, de engaño, de volubilidad en las ideas y de frívolo egoísmo, incapaz de apreciar las necesidades comunes».

Pero todo esto no dejó señal alguna

en la vida o en la memoria del campesino ruso. En las leyendas de Italia todavía vive la memoria de Fra Dolcino; los bohemios recuerdan a Jan Zhizhka, al igual que el campesino alemán se acuerda de Tomás Mutzer y de Florián Geier; los franceses, de los héroes y mártires de la Jacquería, y los ingleses, del nombre de Watt Taylor. Alrededor de todos estos hombres queda, entre la gente del pueblo, un cúmulo de narraciones, de cantos, de leyendas. Pero los campesinos rusos no conocen sus héroes, sus jefes, sus apóstoles de amor, de justicia y de venganza.

Cincuenta años después de Bolotnikov, el cosaco del Don, Stepan Razin, alzó en rebeldía los campesinos de casi toda la cuenca del Volga, y avanzó con ellos hacia Moscou, despertado por la misma idea de igualdad política y económica. Casi durante tres años, sus bandas robaron y asesinaron boyardos y comerciantes. Supo batirse en batallas campales con los ejércitos del zar Alexei Romanoff. Su rebelión amenazó con extenderse a toda la Rusia campesina. Pero, al fin, fué derrotado y descuartizado. Sólo dos o tres canciones quedan en la memoria popular referentes a él; pero es dudoso el verdadero origen popular de tales canciones. Su significado era ininteligible para los campesinos en los principios ya del siglo XIX.

No menos potente y extendida fué la rebelión comenzada por el cosaco del Ural, Pugatchev, en los días de la gran Catalina, rebelión que fué el último atentado belicoso por parte de los cosacos contra el régimen del Estado, según lo ha definido el historiador S. F. Platonov. También Pugatchev, lo mismo que todos los demás movimientos políticos menos importantes del pueblo ruso, pasó sin dejar recuerdos claros en los campesinos rusos. Y es posible decir de todos ellos literalmente lo mismo que se ha dicho por el historiador del terrible período de «La confusión»:

«Todos estos alzamientos no cambiaron nada, no contribuyeron a nada nuevo, ni en el mecanismo del Estado, ni en el orden de las ideas, ni en los hábitos y prácticas del pueblo».

Y es oportuno añadir a este juicio la conclusión de cierto extranjero que ha estudiado cuidadosamente al pueblo ruso: «Este pueblo no tiene memoria para la Historia. No conoce su pasado, y, al parecer, no quiere conocerlo.»

El gran duque Sergio Romanoff me dijo que en 1907, cuando se estaba celebrando el tercer centenario de la dinastía Romanoff, y el zar Nicolás se hallaba en Kostroma, que Nicolás Michailovitch, otro gran duque que fué el talentado autor de una completa

serie de obras sólidas de carácter histórico, dijo al zar, señalando la muchedumbre de miles de campesinos:

«Son exactamente lo mismo que eran en el siglo XVII, cuando eligieron a Michael para ocupar el trono de los zares; verdaderamente los mismos.

La ciudadanía y la enseñanza

POR GABRIEL ALOMAR

EL dominio de la enseñanza ha sido siempre la preocupación capital de las extremas derechas, porque han comprendido que sólo por la enseñanza podrían forjar a su gusto el porvenir.

¡El porvenir confiado a las derechas! ¿Me será permitido creer que esa fórmula, por sí sola, revela ya toda la magnitud del problema recién abierto, nuevamente, en nuestra vida española? Esa fórmula encierra una inversión monstruosa, una paradoja, un atentado al «equilibrio dinámico» de la sociedad. ¿Qué representan las derechas? La resistencia contra el impulso de la marcha social, para graduarla y regularla. Pero esa resistencia tiene su valor en la propia energía que la levanta, para transportarla al porvenir. Es un elemento estático, que sólo puede ser sustraído a la muerte por el contrapeso de vitalidad de un dinamismo.

Es una distribución normal de fuerzas políticas y sociales; las derechas tienen su órgano genuino en el interés constituido, en el factor histórico, en lo que llamaríamos elemento «senatorial», o de los ancianos. Son, en una palabra, la concreción del pasado como persistencia orgánica, o como afirmación de una conciencia nacional permanente, que las generaciones sucesivas modificarán acomodándola a los tiempos, como las raíces léxicas reciben los afijos de la flexión para formar el idioma, reflejo de la vida nacional.

Toda nación, como todo lenguaje, se mueve, marcha, avanza. Pero una morbosidad puede invertir su norma evolutiva, y permitir que las derechas, órganos de pasado, *usurpen a las fuerzas juveniles, idealistas y dinámicas la forja del porvenir, que es la educación de las generaciones nuevas.* No hay síntoma más grave de descomposición y próxima muerte. Y claro está que ese síntoma no suele aparecer solo, sino que acompaña la relajación de todo el organismo jurídico del país.

* *

EL Estado liberal, nacido de la Revolución, se encontró en una grave incertidumbre al abordar el problema

¿No juzgáis que es una desgracia?»

El zar guardó silencio. Se dice que siempre se callaba en respuesta a las preguntas graves. Esto es una sabiduría de cierta clase; si no es el resultado de astucia o de temor.

de la enseñanza pública. ¿Por qué? Porque el principio de libertad no era aplicable, en aquel caso, al principal interesado en la cuestión: el niño. El niño no puede ser árbitro de su libertad, porque precisamente se le educa para hacerle capaz y sujeto de libertad. Ahora bien: ¿quién ha de sustituirle en esa elección de medios educativos? ¿Quién ha de dirigirle, como a un ciego, a través de sus nativas tinieblas hasta la luz? No hay más que dos términos en esa opción: o la Familia o el Estado; o el círculo menor e inmediato o el círculo mayor. Este es el problema inicial.

Pues bien: ¿cuál ha sido el criterio de las extremas derechas, del clericalismo, en cuanto a ese problema? La más patente y reveladora ambigüedad. En los países católicos o laicos, como Inglaterra o como Francia, los católicos han invocado la ley de libertad, el pleno arbitrio del padre de familia para decidir la orientación educativa de sus hijos. Pero en los países de catolicismo oficial, como España, han invocado (con mayor o menor ahinco, según las circunstancias) la coacción confesional del Estado sobre los padres no católicos, para obligarles a que sus hijos reciban la educación confesional. Es decir, que mientras reputaban como intolerable tiranía la menor traba impuesta a la enseñanza libre por los Estados laicos o heréticos, exigían una intolerancia oficial todavía mayor contra la enseñanza libre en los Estados católicos. Cuando los obispos franceses realizaron su sonada campaña contra las leyes anticongregacionistas, los liberales españoles se servían exactamente de los mismos argumentos en favor de nuestra libertad de enseñanza. Aquellos obispos hubieran podido venir a perorar en nuestras Asambleas. Para que se vea la sinceridad y la coordinación lógica de ciertas Grandes Campañas...

Pero volvamos al problema inicial. ¿Quién debe ser el árbitro de la educación, puesto que el educando es, naturalmente, incapaz de esa libertad? Yo creo que en la pregunta va incluida la respuesta: para formar ciudadanos hay que formar hombres libres. La

mejor educación será aquella que provea al discípulo de su mayor riqueza en libertad, la que haga llegar a sus potencias espirituales la mayor suma de adquisiciones para ser árbitro de sí mismo, gestor futuro de la Nación y de la Especie.

Y cuanto más amplio sea el círculo que irradie esa acción, más provechosa será para la ascensión humana. La concepción primitiva, bárbara, romanista, tiende a convertir a los hijos en propiedad del padre, en patrimonio familiar. Pero cuanto más avanzan los tiempos, más arraiga la concepción de los hijos como pertenencia originaria de la Ciudad y de la Humanidad; como garantías de fluencia de ese gran río, ondas recién surgidas del manantial, que mañana serán corriente fecundadora en el álveo invisible del porvenir. Son las nuevas formas individuales, coágulos de una ley colectiva desconocida aun, y sólo una dirección plenamente humana, lo más alejada posible del interés de los círculos concéntricos intermedios, puede garantizar su libre y personal crecimiento; porque sólo el factor humano y el individual se armonizan perfectamente, como los polos de una esfera, como las dos formas de una misma substancia. ¿Quién podrá jamás adivinar el tesoro oculto en un alma de niño? ¿Quién podrá calcular la intensidad de porvenir que puede malograrse violentando ese sagrado, ese yacimiento ideal?

El Estado español, situado entre un elemento familiar y un elemento confesional, ha de comprender que su misión consiste en sentirse representante del factor humano y universal, en cuanto a su misión pedagógica, o propiamente «demagógica»; esto es, de «construcción de Pueblo». Si atiende al interés familiar, tiene la obligación

La estrella

El cielo azul: solitaria la estrella
y en silencio mi alma!
¡Quisiera no existir y que la tarde
no tuviera mis lágrimas!

¡Este deseo de luz, que yo no alcanzo!
Esa dicha ignorada
que está tras este muro de tristeza
de la tarde y de mi alma!

¡Oh, si en mi sombra, tímida, la estrella
de tu amor fulgurara!
Caería, roto, el muro y a tu cielo
volaría libre mi alma!

El cielo azul; la vespertina estrella
arde en su luz más santa!
¡Quisiera no existir! ¡oh que la tarde
se me ha hundido en el alma!

CARLOS LUIS SÁENZ

IV, 1922.

(Envío del autor. San José de Costa Rica).

de asumir la garantía de los padres no confesionales, para no renovar espiritualmente aquellos separatismos históricos que mermaron a España con las expulsiones y los anatemas persecutorios. Y si atiende al interés civil, con mayor motivo todavía habrá de recabar el sentido de delegación humana de su propio ministerio; superior, por ello, a toda secta o visión tendenciosa y dogmática de la ciencia y de la vida. El escrúpulo de la propia dignidad o independencia del Estado así lo exige.

Respondiendo a una pregunta

San José de C. R., 20 de mayo de 1922

SR. DON MANUEL SÁENZ CORDERO

Pte.

MI estimado amigo: Para responder a su atenta y honrosa invitación, y no porque me crea con voz y voto para el caso, voy a externar algunas de las reflexiones que me sugiere su proyecto, cual es que en la próxima Quinta Conferencia Panamericana se declare la neutralización del territorio costarricense en los posibles conflictos internacionales venideros.

* *

A su juicio, Costa Rica debe neutralizarse, porque hallándose en la vecindad del Canal de Panamá y del de Nicaragua—si, como es probable, llega a construirse—ha adquirido su territorio una extraordinaria importancia comercial y estratégica. Y en consecuencia, está expuesto a ser el escenario de futuras guerras entre pueblos mercaderes.

Creo que dentro de su tesis y nobles preocupaciones, también cabría considerar la neutralización de otros pasajes americanos no menos principales por su posición geográfica. El Istmo de Panamá, desde luego, cuya neutralización garantizaron los Estados Unidos en 1846 y asociados a los ingleses, en 1850; y por sí ratificaron en 1881, como autorizaron su independencia desde 1903. Juzgo que con neutralizar a Panamá se realizó el anhelo del Presidente Cleveland, a que usted se refiere. Las Antillas (Cuba y Santo Domingo, sobre todo), cuya independencia—en la visión de Martí—es el complemento obligado de la independencia de nuestra América. Las Bahamas, que la astuta y previsora Inglaterra retiene aún, como algunas de las Antillas también. El río San Juan, la zona de los Mosquitos, Nicaragua y sus islas, en una palabra. El Golfo de

Yo quisiera terminar este artículo con una salutación a la digna profesora⁽¹⁾ que ha suscitado esta campaña, y contra la cual se han esgrimido las peores armas de la falsificación y de la argucia. Y compréndase que mi cualidad de mallorquín me pone en condiciones de juzgar mejor la mezquindad espiritual de los odios que contra ella dispararon la primera saeta...

(La Libertad. Madrid).

Fonseca y con él, los territorios anexos del Salvador y Honduras.

Como se ve, las rutas que conducen al Canal de Panamá tienen la mayor importancia comercial, estratégica y política. Por eso a la hora en que estamos, los Estados Unidos ya las controlan casi todas. En realidad, las posiciones insulares del Pacífico y del Caribe obligaron a los Estados Unidos a construir el Canal de Panamá. Comunica este Canal por el occidente, a Europa con el Asia y es vía interoceánica comercial y política; de ahí su singular importancia, de que se dió cuenta cabal nuestro padre Bolívar.

* *

¿QUÉ garantizaría la neutralización de Costa Rica? El señorío de su territorio y la posibilidad de que sus moradores contribuyan a crear en él—como lo van haciendo hasta la fecha—una cultura estimable, de acuerdo con las normas espirituales de nuestra raza. Y también—según su proyecto—que los pueblos codiciosos y comerciantes, en sus futuros conflictos bélicos, nos dejen trabajar en paz.

Entendidas de tal modo las cosas, es lo cierto que en el siglo transcurrido de monroísmo, de hecho ha estado neutralizada la América total, por decirlo así. Es innegable que la Doctrina de Monroe de paso ha garantizado a los pueblos americanos del centro y del sur la posesión de su suelo y les ha dado la oportunidad de que realicen el principio del gobierno propio y de que crezcan en la medida de sus recursos materiales, de sus luces y virtudes. Y eso, a pesar de los temporales extravíos y errores de sus políticos (del Norte, del Centro y del Sur de América, entiéndase). Sin que tampoco se olvide que los conflictos de los partidos políticos norteamericanos y sus intereses anejos, han influido

(1) Véase el REPERTORIO N° 7 del tomo en curso.

mucho en nuestros destinos. Y es completamente seguro que sigan influyendo. Por lo que nos interesa extraordinariamente que los hombres y mujeres idealistas de Norte América le impriman a ese país una dirección invariable hacia un estado superior de cultura. De otro modo, la hegemonía económica y política de los Estados Unidos sería fatal para nosotros. Algunos políticos yanquis han declarado ya que el Canal de Panamá sería la prolongación de las costas de los Estados Unidos. Los sucesos, en realidad, como que van por ahí. Por el momento dominan los norteamericanos en el Caribe resonante, con sus bellas islas, que ofrecen para el mundo el mayor interés comercial y político. Todo indica que se salen del siglo del monroísmo pasivo para entrarse en el del monroísmo activo.

Y en tanto exista el inmenso poderío de los Estados Unidos, su empeño por mantener un real ascendiente en los asuntos americanos, su inquietud porque territorios de América pasen a manos de potencias de otros hemisferios, no hay ni probabilidades de que flaquee la Doctrina de Monroe. Pienso que lo que hace falta es la cooperación sincera y perspicaz de las naciones sudamericanas en lo que tenga de bueno y conveniente para ellas la Doctrina de Monroe. Compenetradas de la unidad de los destinos panamericanos, y a la distancia que salva el decoro, deben ayudar a los Estados Unidos, en los posibles conflictos con potencias comerciales de Europa o de Asia, a defender y a mantener las bases de la Doctrina de Monroe, que en otras palabras podrían ser: Ni ventajas territoriales, ni expediciones, ni actos de fuerza, ni ocupaciones de las potencias contra América. Que ésta no sea teatro de luchas de reparto, o de rivalidades comerciales, de las potencias, como lo han sido el Africa y el Asia.

En la próxima Quinta Conferencia Panamericana podrían ponerse de acuerdo en esto que propuso el Presidente Roosevelt, si no me equivoco: «Todas las naciones de América admiten el derecho internacional que implica la Doctrina de Monroe. La hacen suya también, la convierten en el punto cardinal de su política exterior».

Desde luego, las poderosas naciones sajonas e hispano-latinas de América acreditarían moral y políticamente la Doctrina, aplicándosela a sí mismas, de tal modo que sean ellas, en sus relaciones interamericanas, las primeras en cumplir escrupulosamente sus bases previsoras y saludables. Con ello, el poderío del bloque panamericano de naciones sería incontrastable. Le dictarían la paz al mundo y entonces estaría de más declarar la neutraliza-

ción de los países pequeños de este hemisferio.

* *

POR ahora sólo los Estados Unidos pueden garantizar la independencia de las Antillas y de Centro América. Su imperialismo intervencionista de carácter político, en lo fundamental resguarda los intereses nacionales norteamericanos, y de paso garantiza la independencia de los citados países, si estos no son insensatos, desordenados o corrompidos.

Creo que los protectorados de los Estados Unidos en las comarcas ribere-

El tríptico de los Epitalamios

(EMILIA BACA Y ANÍBAL LACAYO)

Historia de Oriente, de Grecia, de Roma, y nuestra Edad Media que dijo Verlaine y la Edad Moderna que su punto y coma tuvo en la pasada guerra.... los que ven

la luz milagrosa del amor que asoma, en todos los siglos de siglos amén, sienten los arrullos de aquella paloma, que en París, Atenas o Jerusalén,

canta los maitines de la primavera con una alegría buena y verdadera. Oíd en los cielos, la tierra y el mar:

Ley de los abismos y de las alturas, esclavas o libres todas las criaturas aman cuando llega su tiempo de amar.

El tiempo florido, silenciosamente, como en los cantares del rey Salomón. ¿Tienes, bella niña del bosque durmiente, vigilia de rosas en tu corazón?

El tiempo florido, lejos de la gente que mide las cosas en cuenta y razón; es luna de juegos, en cuarto creciente, para que Julieta desde su balcón

hable con Romeo; las perfectas rosas deshojan baladas nuevas, silenciosas y hay una dormida luz de madrigal,

la de aquel lucero del alba divino y en sus florecidas vueltas, el camino es verso moderno, fresco y matinal.

Un rumor de besos, la muerte vencida por aquel domingo de pentecostés, cerrando sus ojos deja que la vida cante los maitines del amor; después

ella, la Sinmodo, la gran homicida, cuando no pensemos cegar sus mios, y vemos, en una fracción invertida, el amor, oh muerte, dócil a tus pies.

Un dócil cadáver, de cuerpo presente, pero ya se anuncia luz resplandeciente, el día supremo del eterno amor,

cuando para siempre la fracción se invierta, y la Muerte venga, sin remedio, muerta, atada al caballo de Nuestro Señor.

A. H. PALLAIS, Pbro.

(Envío del autor. León, Nicaragua).

ñas del Caribe, aumentarán a medida que lo demanden los intereses de la gran nación. A la neutralidad de Costa Rica—para situarnos en lo que nos preocupa—se llegaría cuando el caso histórico lo requiera, la pidamos o no. De hecho, creo que los intereses de los Estados Unidos poco a poco serán los del Continente. Lo que falta es que veamos con claridad estas cosas, y nos resolvamos a colaborar con ellos hábil y decorosamente.

Y luego, esperar con calma y fe a que estos pueblos latinos del Nuevo Mundo crezcan por el estudio, el trabajo y el ahorro, hasta igualarse a los sajones. Sarmiento preconizó aquello de «seamos los Estados Unidos de América», a lo que llegaríamos como un progreso, como un crecimiento de estatura, como un honor y una recompensa. En otros términos, hagamos grandes y respetables estas patrias, hasta que todas juntas lleguen a ser los Estados Unidos de América, en el amplio, justo y fundamental sentido histórico de la expresión. La falsa política de estas naciones, el funesto remedo de la de Europa—cuyas fatales consecuencias estamos viendo y deplorando—sería la de confabularse con pueblos mercaderes interesados en la posesión de algunos lugares de nuestros territorios, contra los hermanos mayores del Continente, como en realidad lo son los Estados Unidos. A poco que se reflexionara, las Antillas podrían ser un teatro de luchas por alcanzar territorios, si tuvieran ventajas exclusivas las potencias. Lo mismo podría suponerse de Centro América, de México, de Colombia. Pero eso no ha de realizarse nunca. Con apoyar a las potencias comerciales de Europa o de Asia contra los Estados Unidos, suponiendo que con nuestra insensatez y deslealtad contribuyéramos a arruinarlos, la ruina sería total y habríamos sembrado en América la funesta cizaña de los conflictos políticos internacionales que están arruinando a Europa, algo que hace tiempo lamentan sus altos pensadores desoídos.

* *

LA neutralización que ahora se comenta—neutralización relativa, porque no puedo creer en la absoluta—para Costa Rica u otros territorios americanos igualmente amenazados, ha de ser también una cuestión de crédito nacional. Si la neutralización conviniera y fuera posible, tendríamos que probar que nos hemos hecho acreedores a ella. Porque no la merecería una nación que en sus gobernantes y moradores no se mostrase celosa de la conservación del suelo propio, sorda al rumor de los dólares, vigilante y severa con las compañías colonizadoras de aviesos fines económicos y polí-

1374

ticos; si no desterrase de sus costumbres políticas las discordias civiles, y entre aquéllas, la funestísima de los cuartelazos, fatal para la integridad de los territorios heredados; en una palabra, si se mostrara insensata e indiferente con su suerte.

* *

FINALMENTE, a la América una le corresponde su parte en la «reserva augusta». Que lo será de sacrificios y lágrimas, de días gloriosos y grandes, de empresas inconcebibles, de los altibajos inevitables porque pasan los pueblos que aspiran a realizar en este mundo algo que valga la pena. Y a Costa Rica debemos educarla para eso, para que sea un pueblo estimable, capaz de soportar los vaivenes de la for-

tuna con entereza y decoro. Lo de sacarle el cuerpo a los conflictos venideros no me parece bien. Que acepte con denuedo y alta conciencia de sus destinos, el papel que le corresponda en la «reserva» del mundo. América debe pedir a los cielos que no se la escatimen, si en realidad aspira a darle un sentido heroico a sus patrias.

* *

Y no concluyo estas letras, sin felicitarlo calurosamente por sus generosas preocupaciones, que podrían ponerse de ejemplo y estímulo a sus conciudadanos.

Suyo affmo. amigo y servidor,

J. GARCÍA MONGE

(La Tribuna, S. J. de C. R.)

DIOS NO LO QUISO!

LA CAPA AL CORO...

DIOS lo quiere!...», afirmaban los sesenta obispos españoles en el famoso documento que dirigieron al pueblo fiel llamándole a la Gran Campaña Social. Nuestros sesenta ilustrísimos prelados, reunidos en imponente Estado Mayor, antes de comenzar la Campaña, dispusieron, echando a rebato los sagrados bronceos, la más solemne vela de armas. Discurso del Nuncio de Su Santidad, en el que ofreció, a quien quisiera entenderle, el ejemplo de García Moreno, el desventurado presidente del Ecuador, como modelo de jefes de Estado; arengas calurosas de arzobispos y obispos; llegada de monseñor de Andrea, el prelado argentino; cooperación de un técnico extranjero; métodos norteamericanos; augurios de fabulosas colectas; anuncios de obras sociales y patrióticas y pedagógicas; fundación de una Universidad para prepararle sus funcionarios al Estado... Nada le faltaba a la nueva Cruzada... «¡Dios lo quiere!...» «¡Dios lo quiere!...»

Mas ¿qué es lo que quiere Dios?, nos preguntábamos, hace días, nosotros, que, con todo respeto para los espirituales pastores, opinamos que es siempre temerario hacerse intérprete de la voluntad divina en cuestiones como éstas de la organización de la sociedad, del régimen de los sindicatos, del estatuto del trabajo, que son de aquellos que, según los Libros Santos, «Dios entregó a las disputas de los hombres.»

¿Qué harán los prelados?, nos decíamos. ¿Fundarán Sindicatos católicos o católicas Sociedades patronales? ¿Y cuándo unos y otras entren en un conflicto? ¿Patrocinarán la huelga pía o el devoto «lock-out» y el evangélico despido de obreros? ¿O se contentarán con

elegir sus preces al Señor y dirigir a los fieles las tradicionales homilias sobre la virtud de la caridad? ¿Llevarán el pendón a la frontera o llevarán la capa al coro, según pide el Romanero?

Decidieronse, al fin, con discreto acuerdo, por limitarse a llevar al coro catedralicio la litúrgica capa pontifical. Oficialmente se nos comunica que los reverendísimos Metropolitanos del Episcopado español han decidido aplazar la Gran Campaña. Es un aplazamiento «sine die», demorado hasta aquellas calendas que en vano buscarán nuestros prelados en su almanaque gregoriano. No, no llevarán el pendón a la frontera de las luchas sociales. Arrollado y enfundado el bélico pendón, esperará indefinidamente en los armarios de roble de la sacristía. El

A Mr. John C. Allen

Director de *Los Vecinos*

Malditos, malditos, malditos banqueros, dicen los honrados, como vos, señor; no cinco países, sino cinco ceros a la izquierda puestos; es Judas, factor

común de la secta de los iglesieros, —el verde guiñapo del conservador—; y también ¡oh Patria! los *libre-penseros* de guiñapo rojo, gritan ¡Nueva York!

Sin término medio, la culpa tenemos, había traidores en los dos extremos, por aquellas buenas cosas del poder;

pero los honestos no entran ni salen en estos negocios, y vos, Mr. Allen, mejor que nosotros lo podéis saber.

A. H. PALLAIS, Pbro.

(Envío del autor, León, Nicaragua).

señor obispo de Madrid ha hecho saber autorizadamente a las personas que formaban parte de las Juntas de la Gran Campaña Social «la disolución de éstas y el cese de sus miembros en sus respectivos cargos.» Bien está San Pedro en Roma, y el respetable monseñor Tedeschini, en la Nunciatura, y los métodos americanos, en América, y los prelados, en el coro, presidiendo en su sitial tallado del Renacimiento el rezo piadoso de las Horas canónicas...

¡Menguado final para tan Gran Campaña! Los planes vastos y los audaces designios se disiparon como nube de incienso... «¡Dios lo quiere!...», clamaban los primitivos cruzados medioevales, soñando con el definitivo rescate del sepulcro del Redentor. Y Dios no lo quiso. «¡Dios lo quiere!...», han vuelto a gritar ahora los nuevos cruzados. Y tampoco Dios lo ha querido. No concedió el Señor la victoria, ni antaño a la cruzada contra los infieles, ni hogaño a la cruzada contra los sindicalistas, cual si no quisiese que la cruz fuera jamás emblema de combate, sino signo de paz y de concordia, en el nombre de Aquel que se abrazó a la cruz, no para luchar por ella, sino para morir en ella.

Ahora, en el coro de la vieja catedral, algún venerable pastor de almas respirará satisfecho, alegrándose íntimamente del fracaso de la Gran Campaña. Bien sabe Dios, se dirá para su morada sotana el buen prelado, que nunca fui yo por propia voluntad a tales campañas, sino compelido por esas demasiado celosas órdenes y cofradías que, sin autoridad jerárquica en la Iglesia, pretenden dirigir la Iglesia, y besando de rodillas nuestro anillo pastoral, nos llevan la mano que empuña el báculo para que señalemos el camino que a ellas les place. Afirman que Dios lo quiere, como si el Señor, según la frase del libro de Job, antes de crear el mundo, les hubiera pedido su consejo. Yo no, yo no tomo vuestro santo nombre para recomendar una política social contra otra política social, ni para dar autoridad a cosas que serán excelentes, pero que no están en mis Evangelios ni en mi Breviario.

«¡Llevad vos la capa al coro!...» He ahí la frase que creará oír el pastor prudente bajo las naves del templo, como la oyera de labios del Cid el abad Bermudo en el claustro de Cardeña. ¡Y cuánto, cuánto puede hacerse en el coro! El cultivo de la verdadera religiosidad, místico perfume del alma, que muy pocos hombres respiran; la vida interior cristiana y la práctica del bien, prodigado con amor hacia todos; el anhelo de perfección; el menosprecio de las bajas comodidades, del utilitarismo mediocre, de la riqueza, del lujo, del Poder; el sacrificio de los

propios intereses egoístas por el amor de Dios, del Dios que es Verdad y es Justicia y es Libertad... Todo eso, todo eso ha de impulsarse desde el coro, bajo la bordada capa de las tradiciones católicas.

¡Esa sí que es la Gran Campaña Social! Porque si los hombres mejoran en la sagrada intimidad de su conciencia, si los corazones se purifican y ennoblecen, no tardará la sociedad entera en progresar, con unas u otras instituciones jurídicas, con ésta o a quélla organización económica, que eso es ya problema de sociólogos y políticos, y no tiene para esos doctores la Iglesia... «¡Llevad vos la capa al coro!» No intervengáis en la lucha social, y si entráis en ella, que sea como aquel Arzobispo de París, cantado por el propio Víctor Hugo, que atravesó las barricadas del «faubourg Saint-Antoine», alzando su crucifijo sobre la guerra civil y entregando su vida en sacrificio a la paz.

La Gran Campaña Social está en el Evangelio. Es el ejemplo de la pobreza, de la abnegación y del amor fraterno. Está en la Pasión de Jesús, conmemorada por la cristiandad en los próximos días de la Semana Santa con las piadosas ceremonias que el señor obispo preside, llevando al coro su capa, mientras las resonancias del órgano y los versículos del texto sagrado cruzan como un soplo espiritual a través del bosque de piedra de las viejas columnas.

LUIS DE ZULUETA

(La Libertad, Madrid).

LA naturaleza nos ha situado en un clima que no nos hace la piel tan áspera como la del erizo. Somos erizos moralmente, por imposición de los veranos, de los inviernos y la pobreza general. Ni habríamos podido reclutar tres millones de voluntarios para pelear contra Alemania con cartelitos sentimentales en que se mostrasen las ruinas de Lovaina, ni han conseguido recaudar los organizadores de la Gran Campaña Social veinte millones de

pesetas con cartitas que recuerdan a los fieles las obligaciones del cristiano. Es posible que habrían recaudado triple y cuádruple suma para sostener una guerra civil, porque para esto siempre fuimos generosos. Pero una cosa es dar dinero para la guerra civil, y otra distinta darlo para la paz civil. He oído que casi ha habido tiros cuando algunos de los ricos se han ente-

rado de que los organizadores de la Gran Campaña Social les habían asignado cuota proporcional a su fortuna. El hecho es que los prelados han tenido que pasar un mal rato al darse cuenta de que su capacidad de recaudar dinero no es tan grande como la que se habían figurado.

Somos muy ásperos los españoles. Hasta los amigos nos tratamos como no se tratan ni los enemigos en otros países. Ayer, por ejemplo, me dice un amigo mío en un periódico, con la mejor intención del mundo, que tengo la elegancia de un actor de «cine», y el otro día escribía en un diario otro amigo que no podía creer en mi sinceridad cuando sostengo que los derechos deben ser corolarios de los deberes, y no viceversa. Yo no quisiera que los señores García, Martí y González Blanco se enfadasen conmigo por recordarles que, puesto que a los hombres nos es tan difícil la bondad, debiéramos esforzarnos escrupulosamente en ser corteses. Pero esto es un paréntesis. El clima tiene mucha parte de culpa de que seamos los españoles mucho más torpes para la efusión lírica que para el realismo picaresco y el sentido dramático. Y por eso pudo decirnos un Pontífice, creo que el anterior: «¡Ah, españoles: ricos en fe; pero pobres en caridad!»

La función de la Iglesia es cambiarnos el carácter y no dejarnos seguir siendo indefinidamente como somos. En esto pienso exactamente como D. Luis de Zulueta. «¡Llevad vos la capa al coro!»—la frase del Cid—. «¡Y cuánto, cuánto puede hacerse en el coro!»—el comentario del Sr. Zulueta—. Lanzar a los fieles contra el liberalismo es cosa fácil en un pueblo donde la tradición militante es, por desgracia, mucho más vigorosa que la teológica y la evangélica. Hacer que las gentes dejen de leer periódicos y libros liberales no es tampoco difícil en un pueblo que no ha adquirido todavía el hábito de la lectura. Lo difícil, y lo meritorio, es mudar el corazón de los ricos, hacerlos generosos, compasivos, misericordiosos. Más difícil aun trocar esta

Sueño de Cádiz

Cádiz está mirando al mar.

Sobre éste derrama el sol poniente barcas de oro que se van cabrilleando hacia el oeste, como en los días coloniales idos zarpaban las armadas de galeones en busca de las Indias y el Gran Preste.

La tarde es vela en los galeones vanos y hacia las Indias orzará con ellos.

Orbe de plata en sus serenas manos trae la Noche a la marmórea Cádiz: los blancos miradores están bellos: se ha puesto en guardia la muralla entera, y hacia el Silencio se levanta austera la Torre del Vigía.

Cádiz duerme, y es su sueño de augurio todavía:

Cádiz mira venir la Grande Armada conduciendo, a sus mástiles atada con cabos regios la imperial victoria. Arde incendio de gloria en la bahía.

Detrás, en infinitos escuadrones, sobrecargados de oro, los galeones historiados de triunfos de conquista, con sus dos mil corsarios prisioneros, van altivos entrando en la bahía. Cádiz no les abarca con la vista.

Después escucha en su sueño las anclas de oro en el fondo sonoro del mar. Cádiz la blanca despierta a su estruendo.

Está nadando en las aguas del Día; tinto está el mar de un color de esperanza: algo de Indias las olas murmuran; todas las conchas marinas auguran un regresar de otras Indias de España.

ROBERTO BRENES MESÉN

Abril, 1922.

Syracuse University

(La Tribuna, San José de Costa Rica).

APARTADO

374

TELEGRAFO

ERTIZ

OFICINA DE AGENCIAS Y COMISIONES

DE

ERNESTO ORTIZ

CORREDOR JURADO COMISIONISTA

REPRESENTANTE DE CASAS EXTRANJERAS

Visite Ud. esta oficina y la imprenta Ortiz anexa

SAN JOSE DE COSTA RICA

TELEFONO

250

TELEGRAFO

ERTIZ

misericordia emocional en permanente sentido del deber social.

La Iglesia no puede contentarse con que los hombres sean tal como el clima los hace. Frente a la influencia de la Naturaleza, la Iglesia es el testigo de lo Sobrenatural y de su permanente acción en el mundo. Sus dignatarios acaban de recibir una lección. Llama-

ron al rico, y el rico no les oyó. Hay que aguzarle los oídos. Hay que suavizarle el alma. Hay que hacerlo más lírico. Y para esta obra no sirven gran cosa los trabucos de la guerra civil.

RAMIRO DE MAEZTU

(*El Sol*, Madrid).

LA UNION DE LOS PUEBLOS DE HABLA CASTELLANA

Para ello se trabaja ya activamente

QUEJÁBASE anteayer el redactor de «El Sol» que suministró al periódico la información sobre el almuerzo que algunos amigos me ofrecieron bondadosamente en el Hotel Palace, de no haber yo expuesto en mi discurso las fórmulas claras y precisas para constituir un gran organismo de carácter internacional que inicie y dé término feliz a la Unión de los pueblos de habla castellana. Estimo que hay un poco de impaciencia en el autor del suelto de referencia. Y si el pesimismo en la vida es causa de inacción, la impulsividad irreflexiva es producto cierto y seguro de los mayores fracasos.

Vine yo a España sin otro propósito que el recreo y el estudio. Una vez en Madrid, mi amigo y paisano Rafael Hernández Usera, me hizo conocer al Sr. M. A. Bedoya, peruano inteligente y activo que ha consagrado su vida a promover un estrechamiento práctico de las relaciones entre los pueblos hispano-americanos. Hablamos largamente sobre estas cuestiones, y fuí convencido por mis amigos para que expusiera en el Ateneo, en una conferencia, mis puntos de vista sobre el hispano-americano. Lo hice lo mejor que pude, pero nunca con la absurda y pedantesca intención de causar una revolución y crear, con un discurso, un nuevo orden de cosas en el mundo internacional⁽¹⁾.

Así, en el banquete del Palace mal podría yo haber expuesto un medio para edificar el Palacio de la Raza y hacer luego funcionar una federación de pueblos hispanos. No cabe tanto en un discurso, por bondadosos que sean los oyentes. La misión del orador consiste en conmover las multitudes y prepararlas espiritualmente para recibir una idea, que simplemente se esboza con la palabra y se realiza con la acción. Si el del Palace es un

banquete más, no será mía la culpa, que soy solamente uno—y de muy lejos—de los ciento y pico de comensales que allí se reunieron, todos ellos con altas significaciones políticas, diplomáticas, literarias y comerciales.

En honor a la verdad, debe el pueblo lector de «El Sol» saber que un grupo de ateneístas asistentes al banquete solicitaron inmediatamente la reunión de una junta extraordinaria para encauzar estas ideas por el camino de la realidad; y a estas horas se trabaja activamente con tal fin.

Hay muchos medios de formar una institución hispano-americana de realidades prácticas. Allá va uno.

Existen en España y América miles de sociedades culturales, de recreo y comerciales—ateneos, casinos, cámaras de comercio, sociedades de autores y escritores, etc., etc.—; pues bien: creo yo que una Gran Confederación de Sociedades Hispano-americanas podría constituirse en Madrid, a la cual se adhirieran, en primer término, las residentes en España, procediéndose a solicitar, y seguramente a obtener, las afiliaciones americanas. Tal Confederación, apenas fundada, sería lo suficientemente poderosa para erigir en Madrid el Palacio de la Raza, con oficinas técnicas en todos los ramos de las actividades humanas.

Tal Confederación regiríase provi-

sionalmente por una Junta de gobierno durante un año, siendo la misión de esa Junta preparar una Constitución para someterla a un Congreso donde cada sociedad afiliada enviara un representante, y el cual se celebraría en Madrid en el mes de enero de 1923.

Inmediatamente que esa Confederación fuera formada, se procedería a reunir, por suscripción en España y América, los fondos necesarios para que la Junta de gobierno funcionara con todo el poder y vitalidad necesarios, incluso hacer campaña de Prensa intensísima, hasta la reunión del Congreso, el cual fijaría en la Constitución los recursos económicos de la Confederación.

¿Los fines primordiales de la Confederación? No seamos demasiado ambiciosos y dejemos que la misma sociedad los determine en sus Congresos. Pero no dudemos que los problemas de navegación, aduanas, bancos, instrucción, comercio y literatura, una vez funcionando la Confederación, serán, ante todo, conocidos—que hoy los ignoramos en sus términos, aunque sabemos de su existencia—, y en seguida, resueltos.

Esa es una idea. ¿Cómo quería el querido amigo redactor de «El Sol» que en el banquete del Palace yo hubiera exclamado, durante mi discurso, sacando con gesto trágico, del bolsillo del gabán, un grueso manuscrito:

— He aquí la salvación, señores, de España y América, producida por mi cerebro extraordinario en noches de vela y amargura.

Y en seguida, leyendo:

Artículo 1º Se constituye por la presente la Confederación de los pueblos de habla española.

Art. 2º Cada socio pagará una cuota mensual de dos pesetas.

.....
Todos nos hubiéramos reído; y... éstos sí que hubieran sido unos estatutos más entre los dos mil existentes de sociedades hispano-americanas.

CAYETANO COLL Y CUCHÍ

Las fuentes de Valle Inclán

POR ALFONSO REYES

Los escritores de España acaban de ofrecer un banquete a Valle-Inclán, sin más ocasión ni pretexto que el celebrar su obra literaria. Unamuno habló en nombre de todos, y Valle-Inclán, en su respuesta, hizo algunas declaraciones que la historia literaria tiene la obligación de recoger.

Casares, en su libro *Crítica Profana*, acusa de plagio a Valle-Inclán: en la *Sonata de Primavera*, dice, reproduce unas páginas de las *Memorias* de Casanova. Valle-Inclán le contesta ahora: en efecto, en tiempos en que tales *Memorias* no andaban todavía en todas las manos, creyó oportuno aprovechar,

(1) Véase este discurso en el N° 1 del REPERTORIO, tomo en curso.

a título de documentación auténtica sobre la Italia de la época, unas páginas de Casanova. Galicia, Navarra, México, todos los demás escenarios de sus *Sonatas* le eran conocidos. No así Italia, donde acontece el episodio de la *Sonata de Primavera*. A guisa de fragmento de realidad, y para envolverlo y mezclarlo abundantemente en su obra de creación propia, dispuso de un pasaje de Casanova.

En verdad, el procedimiento es completamente legítimo. Equivale—dice él—a tomar un rincón del cuarto de las «Meninas» de Velázquez, e incrustarlo en una tela mucho mayor, añadiéndole retazos por todos lados. En los cuadros de los pintores que representan por ejemplo, un taller (¡oh jugoso y paradisíaco Brueghel!) ¿no vemos, a veces, reproducido sobre un caballete del fondo, en miniatura, algún cuadro célebre del pincel ajeno?

Finalmente, el escritor se extraña de que pueda la crítica minuciosa pero algo miope de Casares alardear de su descubrimiento, cuando en la misma *Sonata de Primavera* Valle-Inclán indica sus fuentes en estas palabras textuales:

«—Acaso conocéis este libro?

—Lo conozco porque mi padre espiritual lo leía cuando estuvo prisionero en los Plomos de Venecia.

María Rosario, un poco confusa, murmuró:

—¡Vuestro padre espiritual! ¿Quién es vuestro padre espiritual?

—El caballero de Casanova.

—¿Un noble español?

—No: un aventurero veneciano.

—¿Y un aventurero?...

Yo le interrumpí:

—Se arrepintió al final de su vida.

—¿Se hizo fraile?

—No tuvo tiempo, aun cuando dejó escritas sus confesiones.

—¿Como San Agustín?

—¡Lo mismo! Pero, humilde y cristiano, no quiso igualarse con aquel doctor de la iglesia, y las llamó *Memorias*.

—¿Vos las habéis leído?

—Es mi lectura favorita.

—¿Serán muy edificantes?

—¡Oh!... ¡cuánto aprenderíais en ellas!... Jacobo de Casanova fué un gran amigo de una monja en Venecia.

—¿Como San Francisco fué amigo de Santa Clara?

Con una amistad todavía más íntima.

—Carmelita.

—Yo también seré Carmelita».

Más claridad no puede exigírsele a un artista. Hay siempre un sentimiento de pudor, de pudor lícito, de buena estética y buena educación, en no andar descubriendo el revés de los tapices que tramamos.

Con mucho mejor sentido crítico procedió Antonio G. Solalinde—aun-

que él no se jacte de crítico—al señalar en la «Revista de Filología Española», hace dos años, otra fuente de Valle-Inclán, el *Mateo Falcone* de Prosper Merimée, que seguramente inspiró el cuento *Una nubecilla* del escritor español. En ambos hay una delación: allá, el hijo de Falcone, a quien éste mata para castigar su traición; aquí, la mujer de un guerrillero, a quien éste da igual castigo. La escena final, particularmente, descubre la influencia del maestro francés. «Señalamos—decía Solalinde—esta evidente influencia sobre el novelista gallego, no con el intento de revelar un plagio,—revelación desacreditada y que da siempre lugar a disquisiciones triviales—sino con el deseo de aportar un dato que ha de servir al futuro historiador de la obra de Valle-Inclán».

Finalmente, Enrique Díez-Canedo

acaba de señalarme otra influencia sobre Valle Inclán: la del portugués Teixeira de Queiroz.

—Para encontrar influencias sobre España—me dice el autorizado crítico—basta abrir los libros portugueses. Por lo demás, la recíproca es igualmente verdadera.

Este análisis no perjudica ni empequeñece nunca al artista. Otro tanto puede hacerse con Shakespeare, con Lope de Vega; lo propio con Anatole France o con D'Annunzio. Y con todos, con todos.

Ya, en Anatole France precisamente, Santa Catalina observa, con encantadora pedantería. «La imaginación no crea: combina y compara.

Madrid, primavera del 1922.

(Social. Habana).

El ruso y su "mir"

POR LUIS ARAQUISTAIN

¿Qué quiere decirnos Gorki en los artículos que viene publicando *El Sol*, tan dramáticos de contenido, tan sabrosos de forma, al presentar al campesino ruso como privado de toda excelencia, cruel, egoísta, desconfiado? ¿Quiere decirnos quizá que a causa de sus limitaciones y bajezas se ha desentendido de la revolución comunista y la ha puesto en grave trance? Sea o no ése su propósito, ése es el hecho central de la revolución rusa: la actitud del campesino ruso. Justificada o no esta actitud, es seguro que ha de influir poderosamente en los futuros programas agrarios de los partidos so-

cialistas, suscitando de nuevo a la luz de la experiencia rusa este problema: la propiedad de la tierra y sus frutos ¿es una necesidad social permanente, o sólo una forma histórica que se convertirá en colectiva en cuanto los hombres sean mejores y más ilustrados?

Gorki parece coincidir implícitamente con la segunda opinión, o sea: que no ha podido arraigar el comunismo en la Rusia agraria precisamente a causa de su atraso moral e intelectual. Y, sin embargo, esa misma Rusia agraria está fundada sobre una institución semicomunista local milenaria,

Quien habla de la

CERVECERIA TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en C. R.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS
Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

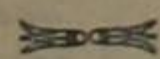
REFRESCOS
Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Gin-

ger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES
Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas. Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE



COSTA RICA

el *mir*, cuya defensa frente al comunismo centralizado acaso haya sido la causa de la hostilidad franca o sorda del campesino por la dictadura de Moscú. Si así fuera, la historia de la revolución rusa no sería la historia psicológica del conflicto entre el campesino ruso y una forma de organización social que no comprende, sino la historia de un conflicto entre dos instituciones: una, espontánea, orgánica, biológica, procedente de profundas lejanías en el tiempo y el espacio—quizá de la primitiva India mongólica—, y otra, intelectual, ideal, nacida de esquemáticas construcciones mentales. Pero digamos algo sobre el *mir* ruso.

El *mir* ruso es una aldea cuyas tierras se reparten periódicamente, por plazos que varían entre un año y quince; la norma es de nueve años. El reparto se hace en una asamblea de muncípes, esto es, miembros del Municipio, que son todos los jefes de familia del *mir*, bajo la presidencia del *starosta*, que es lo que el duunviro o el pretor en el Municipio de tipo romano, en la curia, cuyo trasunto o reproducción es el *mir* ruso. El *mir* tiene que contribuir al sostenimiento del Estado con un impuesto predial y con un contingente de reclutamiento proporcional a la población; fuera de esas dos obligaciones, es soberano. Como se ve, el *mir* es una mezcla de comunismo e individualismo: es comunista en el sentido de que la tierra es de todos y de nadie, pues se reparte de tiempo en tiempo y no puede ser heredada individualmente, sino conservada en forma colectiva; y es individualista, por cuanto que, pagados los correspondientes impuestos, cada cual se reserva el producto de su trabajo.

Los comunistas revolucionarios han intentado, al parecer, retrogradar el *mir* a su origen, a su forma de comunismo radical, en que el trabajo se hacía en común y los frutos eran también comunes. Con esta agravante: que una gran parte de estos frutos había que entregarla, a manera de contribución acrecentada, al Estado central para sus necesidades generales, especialmente militares. Pero el campesino ruso, despojado del aguijón individualista de la propiedad del producto de su trabajo, o ha tratado de burlar las leyes depredatorias que le venían de Moscú o se ha cruzado de brazos, dejando de cultivar sus tierras comunales y contribuyendo de este modo, tanto como la sequía y la desorganización general del país, a la espantosa hambre que aniquila a Rusia. Perdido el *mir*, no le importa la anarquía y la muerte, del mismo modo que, perdida la curia romana, el municipio democrático, por las crecientes

depredaciones de los emperadores, nada le importó al ciudadano de Roma la anarquía de las invasiones.

El *mir*, como la antigua curia, acaso sea el tipo perfecto de organización agraria, equidistante de un comunismo primigenio, en que no halla estímulo la iniciativa individual—causa paralizadora de algunas civilizaciones asiáticas y americanas precoloniales—, y de un individualismo feudal, en que

sólo hay propiedad para los señores y servidumbre para los campesinos. La vida de los municipios es acaso, por regla general, el eje de la grandeza y decadencia de los pueblos. Del drama que ahora sostiene el *mir* ruso con el Estado central comunista depende probablemente, más que de la psicología del campesino, el porvenir de Rusia.

(La Voz, Madrid).

SUGESTIONES DE UN VIAJE DE BERTRAND RUSSELL

POR ADOLFO DE LARRAÑAGA

EN la Conferencia de Washington se ha planteado la cuestión de China. Se trata de someterla incondicionalmente a los dictados de Europa. Pero, un hombre ilustre, Russell, filósofo y poeta, profesor de Derecho, de profunda alma inglesa, ha salido a la palestra como un caballero feudal a defender a su amada.

En un apóstrofe bíblico ha dicho con motivo de la guerra: «Todos tenéis la culpa de esta guerra maldita. Ciudades venales que tenéis el amor en los labios, no engañáis al Señor que ve el fondo de vuestro corazón mezquino».

Esta imprecación audaz y romántica le valió el destierro de Inglaterra durante la guerra, pero la Patria le ha rehabilitado gallardamente en la paz.

En su libro, traducido por la Editorial Calpe, palpita una idea de comprensión y de respeto que suele darse en los pueblos prósperos, en los que culminan de vez en cuando estos nuevos apóstoles.

La China, el imperio misterioso que como un girasol gigantesco se ha mirado extáticamente en su sol, es para el insigne escritor inglés un pueblo de alma aristocrática, al lado de un infantilismo ideológico.

El llora la muerte de la nación de los ríos amarillentos, de los nobles ríos de oro que tanta vida arrastran

en sus linfas, llora como Pierre Loti estremecido cuando oye los cantos vascos llenos de añoranza, la muerte de su héroe.

Cuando como Russell se llega a penetrar en el alma de un pueblo, no pasan inadvertidas a sus ojos clarividentes las virtudes de sus hombres y se explican sus defectos, porque se ven las cosas desde el fondo de una gran sensibilidad, como en un pozo profundo el agua que se ha de desli-

Grito

Santificado me siento,
oh dolor, por que me abrasas!
(¡No da su olor el incienso
si no se le echa en las brasas!)

¡Rebelde mi pensamiento
imprecando se levanta!
(¡Oh Job, en tu árido pecho
siembra Dios simiente santa!)

¡Y se ha hundido en el silencio
la amargura de mi alma!
(¡En la soledad del Huerto
era la noche tan larga!)

¡En el huracán violento
de su angustia, mi alma clama!
(¡Yo sé que en mi grito llevo
al que formó la palabra!)

CARLOS LUIS SÁENZ

IV. 1922.

(Envío del autor. San José de Costa Rica).



Para mal estar, pesadez de estómago, acidez y dolores de cabeza, debidos a digestión pesada, tome

DIGESTOIDES

Pídalas en todas las boticas

zar por las grietas de las montañas para manar en fuentes cristalinas.

Hay una idea que señalar, que encierra una paradoja. Pongamos frente a frente las dos civilizaciones: la europea y la asiática. La primera es progresiva y férrea individualmente. La segunda se inspira en la estabilidad y en la sumisión social. Pero no olvidemos que hay un falso progreso, precisamente el que prescinde de la tradición, por ejemplo el centralismo español; pero también hay una tradición que pudiera ser estacionaria. No hay que desatender, sino armonizar ambas tendencias.

La concepción económica de Europa es de lucha y de competencia. La concepción asiática se basa en la mutua protección.

De ahí, que el problema social apenas se conoce en China.

No ignoramos que China es el tipo por antonomasia del aislamiento, que representa una fuerza misteriosa de orgullo y de temor de perder algo sagrado y esencial. Pero esto no supone que ellos no quieran incorporarse al movimiento colectivo de la Humanidad.

Pero incorporarse no es perder el carácter, sino prestar su fuerza a la moral de la solidaridad.

La conducta humana siempre es de solidaridad. En todo organismo pluricelular hay una repercusión de las partes al todo, y cuanto más complejo sea el organismo, tanto más indispensable se hace la cooperación. La solidaridad es una ley biológica. El castigo del hombre aislado es el ser incomprendido y la sociedad se venga de él porque no se somete. Pero una solidaridad nacional que lucha hay contra la extranjera y esto es lo que hace difícil que muera un pueblo y que resista a toda extraña influencia.

En China hay muchos pobres, pero son como caballeros de la miseria.

Con la euforia, con la placidez, con la sofrosine del que no le preocupa el porvenir, dejan pasar los días; harapientos y sucios mendigan por la ciudad o se detienen al sol como estatuillas de terra cotta, fumando opio sugeridor de paraísos artificiales, y sonríen bellamente. Hay muchos obesos como buenos dionisiacos y son profundamente patriotas en una suprema solidaridad.

Mas en el campo el sentimiento de la propiedad está tan arraigado, que según Russell, nadie ama la tierra como ellos. Ni un metro cuadrado está sin cultivar y como todos son propietarios, hay una especie de fraternidad, de comunismo primitivo, que me hace recordar a los vascos de la leyenda.

Este amor a la tierra le hace creyente, pero como tiene algo de primitivo le hace panteísta, adorador de las

fuerzas nobles de la Naturaleza en la que encuentra la fuente de todo amor, de toda paz y de una tradición de rai-gambre milenaria.

De todo esto surge un pensamiento genuinamente chino que tiene su valor intrínseco; y no comprendemos cómo la actual civilización europea, nostálgica de felicidad, arrolla a la antigua y la destruye en sus más íntimas esencias, cuando ella nos trae esta terrible inquietud de un hambre que no puede satisfacerse.

Un dulce veneno es el querer desclfrar el enigma. La esfinge ya no sonríe, tiene los párpados caídos y a intervalos bosteza, porque ni siquiera sabe llorar.

Para juzgar a un pueblo como a un hombre, es preciso verle en su ambiente. Por esto nos ha extrañado sobremanera ver al chino a través de la pantalla americana. El cine ha vilipendiado al chino. Nos le ha pintado siniestro, sardónico, muy diferente del rictus desdeñoso y sonriente del japonés, apto para todas las traiciones, en un ambiente de inmoralidad desoladora.

El chino, fuera de su patria, es un árbol exótico expuesto al embate de todos los vientos extraños. Tiene que refugiarse en el Yo de sus capas misteriosas por no ser comprendido.

Ellos son los mejores amigos—la amistad es una alianza celeste—; ellos rinden culto a la hospitalidad—la forma más noble del altruismo—; ellos se contemplan en sus ríos sagrados como en un espejo aúreo del que saborean los tesoros inagotables, ellos, en fin, buscan la sombra apacible y romántica de sus bosques de castaños y descansan tomando el te para soñar

Renuncia a los motivos

Para RAFAEL ESTRADA

Haz con tus siete notas tu pauta de armonía que arrulle a las palomas y a las sierpes en-
[canta.

Sugiere la químera visión del nuevo día con el signo del cisne que es ave alucinante!

Y que sea la hoja seca dolor en tu alegría y en tu dolor la rosa-ilusión, rosa fragante. En tu joyero esplende la rica pedrería de amatistas que lloran y de claros diamantes!
[tes!

Da a la selva el encanto de tu flauta panida en la hora del crepúsculo y cuando está encendida
[cendida en su misterio de oro, la aurora deslumbrante!
[te!

¡Renuncia a los motivos y ama la simple
[forma que tu alma te evidencia! ¡Así será tu norma eterna como la onda del mar, siempre cambiante!
[biente!

CARLOS LUIS SÁENZ

IV. 1922.

(Envío del autor. San José de Costa Rica.)

en la contemplación de aquellos paisajes estilizados como pensamientos en flor. Y luego, el labrador que pasa cantando bajo el rumor de los álamos llameantes con su asnillo uncido a un yugo policromo e historiado del que podría decirnos algo peculiar don Telésforo de Aranzadi.

Aun hay más. Desde el punto de vista estético, el sentimiento de la belleza está mucho más extendido en la China misteriosa y arcaica que en la modernísima Europa. Se dirá que es un sentido formalista, externo, de letra, el de su educación; reconocemos que su arte es decoración, su literatura estilo y no esencia pensadora, que no es su criterio progresivo; pero lo que se ve es que en Europa sólo las aristocracias están dotadas de un sentido superior; pero en China, el más modesto menestral tiene una comprensión maravillosa de las cosas. No hay casa que carezca de jardín, ni jardín a que no ennoblezca un árbol, que es su símbolo familiar—idéntico al laurel o roble vasco—bajo cuya copa frondosa se sirve el te como la ofrenda más exquisita de la hospitalidad.

Un pueblo cuya semilla estética es tan personal, que hasta los vendedores ambulantes—dice Russell—de objetos tan sencillos como los adornos de tela y de papel, se quedan con la mercancía y la guardan para su solaz y recreo; un pueblo, decimos, que no quiere desprenderse de lo que aman sus ojos y encanta su vida hecha del detalle estilizado, cordial como un hermano y espiritual como un orfebre del sentimiento, un pueblo así, no puede morir, no debe morir, sobre todo cuando tiene la noble virtud de la paciencia.

Bertrand Russell ha hecho una obra suprema de paz, de belleza, de independencia y de Patria, defendiendo a los chinos.

Sería un gran dolor que en la armonía mundial de caracteres desapareciera una civilización tan definida, tan escogida, impelida por la avalancha de comerciantes, de marineros, de soldados de bárbara piqueta.

¿Por qué la actual civilización occidental de tipo francamente económico ha de entrar a saco con las virtudes autóctonas de los pueblos?

Eramos bárbaros todavía y ellos influyeron en nosotros con la luz de una nueva aurora. Caminaban con su brújula por los desiertos, fijaron su pensamiento en la imprenta, descubrieron la pólvora, abrieron al talento y a la virtud el camino de las más altas magistraturas, y nosotros los europeos teníamos como norma de conducta la muerte. Somos los herederos de la mitología escandinava, de un robusto individualismo normando, que mató a la dinastía de los pastores.

Wotan, Tor, las Walkirias, Sigfredo, con su luminosa espada que irrumpe con los dioses. Todos son héroes de sangre y fuego.

En cambio la civilización oriental representada por Budha, es el amor, esa sed inextinguible de anegarse en el alma universal, son los fakires abortos en el Yo eterno, en el ombligo del universo, son los ríos sagrados, el sol, la tierra nutriz, la mano oculta que desarma las iras y los ceños y hace a los hombres más humanos.

No es posible que mueran esos pueblos prendados de las virtudes familiares, del sentido artístico de las cosas, de la intuición, de la meditación, y sobre todo el culto a los antepasados. No se rompe en vano esa cadena de oro que los siglos forjaron a fuerza de dolor y de solidaridad. Y si se rompiera, se debería a que los orientales, despreciando su propia vida, van a buscar otra alma extraña a su alma.

No les queda otra solución que renovarse o morir. Oponer su progreso al progreso europeo, marcial y económico, doloroso en el fondo, que mata el sacrificio de los ancestrales con el anhelo torturador del que pone su ideal en el estómago.

El pueblo chino—continúa Russell— es humorista. Cuenta en su viaje que subiendo a una alta torre un día de estío le acompañaban dos chinos. Al llegar a lo más alto de ella, sorprendióse de verse solo. Bajó, y al interrogar a sus guías por qué le habían abandonado en la ascensión, contestó uno de ellos: «No hemos subido por temor a que cayera la torre, y queríamos ver cómo muere un filósofo».

Y Bertrand Russell dió en seguida

con la ironía de la respuesta, viendo que su acompañante era obeso y el día muy caluroso.

Dicen que el pueblo chino representa en la enseñanza la transición entre el hombre primitivo y el hombre moderno, que cultiva la estabilidad, que no es lo mismo que el estancamiento, que no instruye, sino que da pautas de actos y pensamientos; pero algo superior hay en su arte especial.

Es un pueblo que se ha acercado—por la línea—en muchos momentos al pueblo griego, más que nuestro decadente romanticismo, ha observado siempre y ha puesto en sus obras toda la emoción estilizada. Es el país de la laca y de la porcelana, sus templos como vasos, sus decorados quiméricos, sus damas de pies de loto, sus ojos de almendra, sus dragones inmóviles y furiosos, sus mandarines con bigotes marciales; todo bajo un cielo azul, «eternamente azul después de la lluvia» en los paisajes de seda.

Es el país de la magnificencia, de la tradición, de la paciencia, de la gravedad, de la amistad, de la mirada de soslayo y de la sonrisa misteriosa...

Los europeos favorecen el culto al opio para someterlos mejor.

¿Por qué no se acerca el día en que se fundan las dos civilizaciones en una superior y armoniosa, porque Dios nos hizo a todos hermanos? Entonces podríamos sintetizar el sentido noble de la civilización, diciendo que su verdadera misión es procurar *el contento, la alegría* de la Humanidad.

(Hermes. Bilbao).

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.

GUIA PROFESIONAL

MEDICOS

Dr. TEODORO PICADO

MEDICO Y CIRUJANO

Despacha frente a la lechería de González de las 14 a las 17 horas.

Doctor Constantino Herdocia

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Dóctor J. ZELEDON ALVARADO

Médico cirujano de la Facultad de Ginebra

Enfermedades internas, venéreas y de la sangre. Nuevos tratamientos por las vacunas y el 106, Galyl.

Consultas: de 9 a 11, y de 1 a 4.

Teléfono número 866

DENTISTAS

Doctor EDUARDO MONTEALEGRE

Cirujano Dentista Americano

Despacho: 2ª Avenida O. y calle 4ª S.

Dr. Francisco Ortiz Odio

CIRUJANO DENTAL AMERICANO

Despacha frente a la casa del doctor Durán, lado Este de 8 a 11 y de 12-30 a 5.

Dr. M. FISCHER

DENTISTA AMERICANO

TELÉFONO 683

APARTADO 434

Depósito y venta de materiales para dentistas

FRENTE AL CORREO

SAN JOSE

COSTA RICA

El esfuerzo y la actividad, triunfan en la vida.

Pasa de QUINCE MIL YARDAS, los DRILES, COTINES, CÉFIROS Y MEZCLILLA que fabrica mensualmente la

Empresa Industrial,

EL LABERINTO

y por su INMEJORABLE CALIDAD, PERFECCIÓN y SOLIDEZ, se vende todo a medida que sale de los talleres de la Compañía. El público puede encontrar

esos famosos géneros de algodón y sus renombrados PAÑOS DE MANO, en los siguientes establecimientos:

SAN JOSE. — Jaime Tormo, «Bazar Costa Rica» (entre Botica Oriental y Botica Grillo). — José Simón, (Mercado). — Salomón Alcázar, «La Gaviota». — Daniel Arguedas (Mercado). — Ismael Vargas (Mercado). — Jaime Vargas (Mercado). — Tobías A. Vargas, «La Luz». — Enrique Vargas (Mercado). — Domingo Vargas (Mercado). — Sérvulo Zamora (Mercado).

— Antonio Alan & Cº. — Domingo Vargas, (Mercado). — José Barzuna Sauma (Mercado). — José Barzuna Mena (Mercado). — Esquivel Hermanos, «La Gitana». — R. Guilarte & Cº, «La Reina». — José Sarkis, «La Gran Señora». — Colegio de Sión. — Colegio de Señoritas. — José Nassar (Mercado).

La COMPAÑIA INDUSTRIAL, EL LABERINTO cotiza todos sus productos al cambio del día, y en calidad y precio compite ventajosamente con los extranjeros.

Apartado No. 105

Teléfono No. 254

SAN JOSE DE COSTA RICA